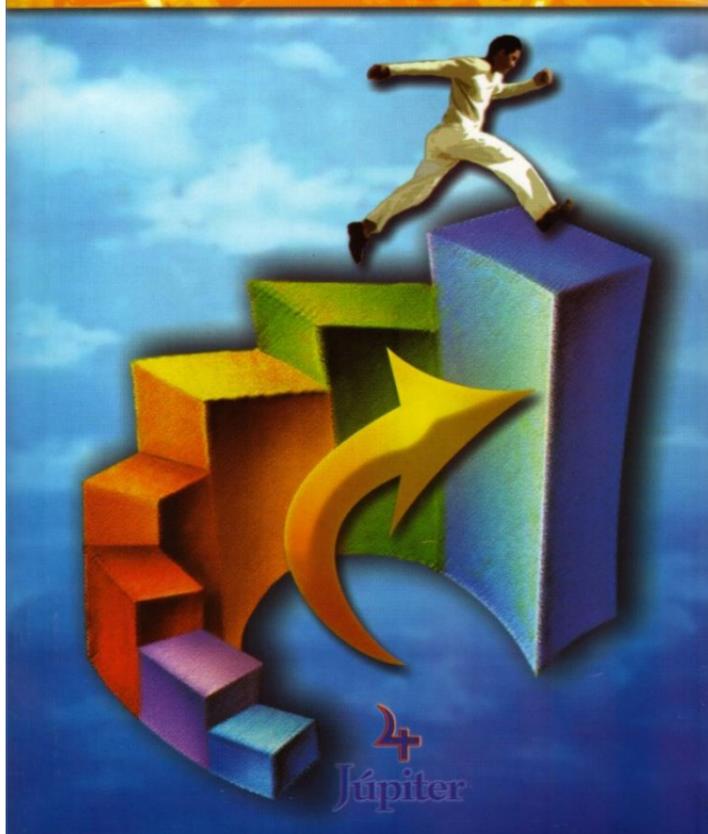


# Un Don Especial

Camino hacia la excelencia...

Rob McBride



## Leer este libro te puede ayudar a:

- 😊 Sentirte mejor 😊
- 😓 Reducir el estrés 😓
- ↗ Mejorar tu actitud ↗
- 💧\* Manejar la adversidad 💧\*
- † Combatir la depresión †
- 🌟 Encontrar tu propio don especial 🌟

Adicionalmente, estoy convencido que para uno en un millón que este libro puede cambiar su vida radicalmente.

¿Puede ser que seas [1 en 1.000.000](#)?

Acompaña a Juan José en su aventura para encontrar su don especial y en el camino encuentra el tuyo si aún no lo has encontrado y a redefinirlo si ya sabes cuál es.

¿Qué tal leer unas páginas del libro ahora mismo?  
¡No hay mejor momento que el presente!

¿Te gustaría conectarte o reconectarte con alguien?  
¿Qué tal si le das una copia para leerlo juntos?

Es divertido leer este libro 📖 con otros.

¡Además, es un excelente regalo!

Fotos and comentarios aquí:

👉 [@RumboIn1.000.000](#) 👈

- I. Juan José**
- II. El Trabajo**
- III. Abuelito**
- IV. Pacheco**
- V. Un Don Especial**
- VI. El Viaje**
- VII. Santa Fe**
- VIII. Ramón**
- IX. Los Dos Caminos**
- X. Aguascalientes**
- XI. El Patrón**
- XII. El Regalo**
- XIII. Reflexiones**

**Acción**

**Confianza**

**Tenacidad**

**Iniciativa**

**Tolerancia**

**Utilidad**

**Deseo**

- XIV. Años Después**

**Copyright**

**Libros Disponibles**

## I. Juan José



**J**uan José era un muchacho de catorce años y como todos los de su edad tenía muchos sueños y deseos. Le decían <<flaco>> porque no importaba cuanto comiera, siempre se mantenía delgado. Tenía los cabellos negros y ondulados, y cuando se emocionaba, sus ojos brillaban como las estrellas. Las mujeres siempre comentaban sobre sus pestañas largas y elegantes, lo que le causaba mucha molestia porque él precisamente relacionaba eso de pestañas largas con las mujeres; incluso, un día se las cortó y quedó muy sorprendido al observar que le crecieron nuevamente. Era muy curioso y siempre inventaba juegos y trucos para hacer y compartir. A las personas les gustaba estar con él por esa

chispa que tenía de decir siempre algo gracioso, aún en los momentos más difíciles.

Él nació y creció en un barrio llamado 24 de Junio, nombre dado en honor a la fecha de una importante batalla, que fue decisiva para alcanzar la independencia de su país hace muchos años. Era un barrio muy humilde dentro de la inmensidad del Distrito Capital, ciudad con mayor población e importancia de todo el país. Donde vivía Juan José, había unas escaleras de concreto que comenzaban desde la avenida principal y subían hasta el barrio, las cuales podían recorrerse caminando en un lapso de unos 5 minutos. A Juan José le encantaba ir rápido por las escaleras, subiéndolas y bajándolas de dos en dos. La gente siempre le decía <<i>Cuidado muchacho, te vas a matar corriendo así!>>.

En el barrio 24 de Junio, la vida era extremadamente dura. Juan José durante toda su vida experimentó pobreza y con ella la tristeza que las privaciones y carencias le traían. Él vivía con su mamá María Consuelo; sus dos hermanos José Gregorio y José Antonio; y su hermana María José. El apartamento era pequeño y constaba de una habitación, un baño, una sala y una cocina mínima. Su mamá y María José dormían en la única habitación y Juan José, junto con sus hermanos mayores José Gregorio y José Antonio dormían en la sala, la cual se convertía todas las noches en una segunda habitación.

Hace un par de años, su papá José María Sánchez, se fue para el trabajo un día y nunca más volvió. Misteriosamente desapareció y desde entonces, no supieron más de él. No sabían si se había ido por su propia voluntad o si los delincuentes de la zona donde vivían le habrían quitado la vida. José María, como la mayoría de las personas que vivían en el barrio 24 de Junio tenía problemas económicos. En una oportunidad había pedido dinero prestado para resolver un problema

que tuvo con el apartamento donde vivían anteriormente, el cual tenía dos habitaciones y dos baños. Debía pagar a un abogado para que éste consignara el alquiler por los tribunales con la esperanza de quedarse en el apartamento, pero lamentablemente todo fue un fraude y perdieron el apartamento de todas maneras. El día que los desalojaron a la fuerza de su apartamento fue uno de los más tristes en la vida de Juan José. No bastando con esto, los delincuentes que le habían prestado el dinero a su papá querían su devolución inmediatamente.

Juan José lloró mucho con la desaparición de su papá. Tenía bellos recuerdos de todas las veces que éste le había llevado a jugar béisbol. Desde niño fantaseaba con ser uno más de los famosos jugadores de las grandes ligas. Los cuentos de muchachos pobres del barrio llegando a las grandes ligas eran muy conocidos. Juan José seguía las carreras de sus peloteros favoritos con mucho interés.

Juan José se negaba a creer que su papá se hubiese ido por su propia voluntad. Las noches siguientes a su desaparición, su mamá lloraba sin consuelo y Juan José la abrazaba.

—Cálmate mami, tú eres la persona más bella del mundo y estoy seguro que él volverá por nosotros. El vendrá para llevarnos a vivir en una de esas quintas espectaculares donde vive la gente rica y en las que tú siempre has soñado vivir —le decía Juan José—. Seguro que le salió un trabajo mejor y pronto vendrá por nosotros.

María Consuelo adoraba a Juan José. Él era el menor de sus hijos y aunque decía que los amaba a todos por igual, Juan José siempre era especial para ella. Todos sus hijos le daban un beso y le pedían la bendición cuando salían y entraban de la casa. Juan José además le daba un abrazo fuerte, de esos que sacan el aire. Era de aquellos abrazos que hacen sentir un

amor increíble además de una energía extraordinaria recorriendo por todo el cuerpo.

En un principio, Juan José tenía la esperanza de que su papá regresara pero le daba miedo que no lo hiciera. No podía creer que él les hubiese dejado solos y sin recursos. Con el paso de los días y meses, su papá fue quedando como solo un recuerdo distante en su mente. Mientras tanto, toda la familia tuvo que trabajar de alguna manera para poder cubrir los gastos diarios.

## II. El Trabajo



**A**l poco tiempo de la desaparición de su papá, cuando Juan José tenía 12 años de edad, dejó de ir a la escuela. Empezó a trabajar como pregonero, vendiendo periódicos en la calle y aunque no ganaba mucho dinero, al menos contaba con algo de ingreso a diario, necesario para poder comprar la comida, que tanta falta les hacía.

Como todo joven, tenía sus dudas, sus frustraciones y sus sueños. Él veía dos posibilidades para su vida. Una era con los delincuentes del barrio, los cuales continuamente se metían en problemas. Les veía siempre por ahí consumiendo licor y droga, así como causando inconvenientes por todos lados. Se vestían con ropa de marca y por lo general siempre

tenían dinero. También se daba cuenta de que ellos siempre estaban corriendo para esconderse de la justicia. La otra posibilidad la constituían las personas que trabajaban decentemente, que salían desde la madrugada a sus sitios de trabajo y regresaban muy tarde por la noche. Estos en cambio, sólo obtenían poco dinero para llevar a sus casas y parecía que nunca tenían lo suficiente para sobrevivir.

Por una parte él quería tener todo lo que tenían los delincuentes del barrio y por la otra, sabía que vivir así implicaba estar en un peligro continuo. Era lo más común en esta forma de vida, que terminaran muertos en uno de los muchos callejones del lugar. Recordaba como mataron a un amigo, quien luego de ahorrar por seis meses, había comprado sus zapatos soñados. Un fin de semana, al salir de una fiesta, los delincuentes lo abordaron para robarlo, y al resistirse cuando le quitaban los zapatos, lo asesinaron sin tregua.

Juan José quería hacer algo bueno con su vida, no tanto por él sino por su mamá, quien sufría mucho. Ella trabajaba en una fábrica de telas muy lejos de donde vivían, por lo que tenía que levantarse a las 5:00 de la mañana y no regresaba a casa sino pasadas las 8:00 de la noche. Cada vez que ella llegaba, él podía darse cuenta de lo cansada que estaba. Su mamá era muy linda y no aparentaba su edad. Fácilmente podía pasar por tener diez años menos sin problema. Sin embargo, Juan José veía que los últimos años, luego de la desaparición de su marido habían sido muy duros para ella. La energía que solía tener había sido reemplazada por un cansancio sin fin, y aunque sus ojos todavía mostraban emoción cuando hablaba, había aparecido unas arrugas alrededor de ellos y tenía ojeras frecuentes por la falta de sueño.

Cuando María Consuelo llegaba a su casa cada noche, preparaba la cena y todos se sentaban a comer mientras veían la novela de las 9:00 de la noche. Estos eran los momentos más

felices de Juan José, disfrutando en paz y tranquilidad con su familia.

Un día como lo hacía a diario, Juan José se levantó bien temprano y fue a recoger sus periódicos para comenzar su labor. Al llegar a la esquina donde solían entregarle la prensa, los periódicos no habían llegado. Sus compañeros de trabajo llegaban uno a uno y el camión que repartía los periódicos no llegaba. Al transcurrir una hora llegó su jefe.

—Lamento informarles —comenzó explicándoles—, el trabajo se acabó. No es un secreto para nadie que hay una escasez de papel y además la situación económica en general ha sido difícil, muy dura. Después de 50 años operando no es una decisión fácil de tomar pero el jefe estima que lo mejor será cerrar el negocio por ahora. Aunque no descarta la posibilidad de volver a abrir la prensa más adelante, por ahora, desgraciadamente todos nos quedamos en la calle sin trabajo.

Juan José no encontraba qué hacer o qué decir. Sabía que su mamá y su familia dependían en parte del dinero que llevaba a casa todos los días. Sentía una gran impotencia y los ojos se le aguaron al pensar que tendría que dar la noticia a su mamá, no porque ella se molestara, sino por la difícil situación por la cual atravesaban como familia.

Al despedirse del grupo de compañeros de trabajo, empezó a deambular por las calles y sentía como si todo aquello fuese una pesadilla de la cual despertaría. Estuvo caminando por las calles, llenas de mucha gente y con mucho ruido, pero aun así, se sintió aislado y ausente, como si estuviera en un trance. Su percepción era como la de alguien que estaba en un túnel, donde todo era silencioso y distante. Llegó a una plaza en la que había estado muchas veces con su familia. Se sentó en un banco, puso sus manos en la cabeza y comenzó a llorar a rienda suelta como un bebé.

### III. Abuelito



**S**entado allí en aquella plaza, Juan José no sabía si habían transcurrido cinco minutos o una hora, cuando de pronto sintió que una mano tocaba su hombro. Levantó la cabeza y vio a un señor mayor de pelo canoso y una barba larga.

—Está bien hijo, llora —dijo el señor. Su voz era sonora y elocuente. Hizo una pausa y continuó— Las lágrimas limpian el alma.

Juan José volvió a cubrir la cabeza con sus manos y siguió llorando. Sollozaba sin parar y sintió como sus hombros se movían debajo de la mano fuerte del señor. Pasaron un buen rato allí sin decir nada y cuando él pensaba que ya no le podían salir más lágrimas, levantó la cabeza de nuevo y al hacerlo vio que el anciano seguía ahí. Tenía muchas arrugas en la

cara, ojos grises y en su rostro se dibujaba una sonrisa que irradiaba confianza y seguridad.

—¿Qué pasa hijo, porque estás así? —quería saber el anciano.

Juan José a pesar de todo lo que su mamá le había advertido sobre el peligro de hablar con las personas desconocidas, no sentía ningún temor ante aquel señor. Entonces, le contó lo sucedido con su trabajo del periódico mientras que éste le escuchó atentamente. Cuando paró de hablar, el anciano lo miró y le regaló una amable sonrisa y dijo:

—Todo en la vida tiene sus altos y sus bajos. Lo más importante es poder subir después de haber caído.

—No entiendo lo que me quiere decir.

—¿Tienes tiempo para hablar?

—Ahora sí —contestó el muchacho con una leve sonrisa ahora en la cara—, tengo todo el tiempo del mundo.

El anciano se rió con fuerza y Juan José lo miró con asombro y pregunta:

—¿Por qué se ríe señor?

—El tiempo es oro y cada momento es un regalo, así que nunca deberíamos desperdiciarlo. Este instante se convierte en los segundos, minutos, horas y días de nuestra vida. Cuando somos jóvenes pensamos que tenemos todo el tiempo del mundo. Luego, cuando somos mayores pensamos que no tenemos tiempo. La realidad es que el tiempo es igual para todos sin importar la edad. Ese mismo tiempo es relativo, por tanto la única verdad que tenemos es este instante.

Juan José pensó en lo que había dicho el señor, asintió con su cabeza en señal de haber entendido lo que quería decir.

—¿Cómo se llama usted señor? —quería saber Juan José.

—Es una buena pregunta. Aunque me llaman por muchos nombres, el que más me gusta es <<Abuelito>>.

#### IV. Pacheco



**E**l anciano continuó hablando con Juan José y le dijo:

—Permíteme contarte un cuento, el cual te puede ayudar a comprender la importancia de los ciclos de la vida. Había una vez un señor que se llamaba Pacheco, quien se desempeñaba como vigilante en una fábrica. Este trabajo no le gustaba mucho, sobre todo porque el horario era muy pesado; ya que tenía que trabajar 24 horas seguidas y después tenía 24 horas de descanso.

—Yo conozco un señor que trabaja de esta forma — comentó Juan José.

Abuelito asintió con su cabeza y siguió con el cuento:

—Como vivía muy lejos de su trabajo, Pacheco tenía que levantarse muy temprano, para evitar el tráfico y llegar a tiempo

para reemplazar a su compañero. Bajo este esquema trabajó por un lapso de 12 años. Un día el gerente de la planta reunió a todos los vigilantes y les dijo que había contratado a una empresa que se especializaba en aumentar la eficiencia de las operaciones. Les explicó que de ahora en adelante los vigilantes debían que tomar nota de cada persona que visitara la empresa, incluyendo sus datos personales y la razón de su visita. Todo eso parecía algo sencillo, pero Pacheco le explicó que no podía hacerlo; ya que no sabía leer ni escribir. El gerente dijo que siendo así, lamentablemente se veía en la obligación de despedirlo. La empresa había invertido mucho dinero en la contratación de estos asesores y tenían que seguir las indicaciones tal y como habían sido dadas.

—No parece justo, sobre todo cuando él había trabajado ahí por tantos años —dijo Juan José, con una cara de confusión.

—La vida no tiene que ser justa. Mi padre me dijo hace muchos años, <<La vida no es ni justa ni injusta, simplemente es>>. Pacheco fue a su apartamento y penosamente explicó a su familia lo que le había pasado. Por supuesto, todos estaban afligidos con la noticia. Pacheco se puso a pensar en sus alternativas. Al principio le pareció que lo más lógico era buscar otro trabajo como vigilante; ya que eso era lo que sabía hacer y además ejercido toda su vida. También sabía que cuando se buscaba trabajo, siempre preguntaban sobre la experiencia.

—Yo he visto que normalmente las personas siguen haciendo un el mismo tipo de trabajo a pesar de haber tenido una mala experiencia previamente.

—Así es hijo. Normalmente las personas siguen en su misma profesión. Afortunadamente, Pacheco se hizo la siguiente pregunta importante, <<¿Qué es lo que realmente me gusta hacer?>> Inmediatamente supo la respuesta, le fasci-

naba arreglar todo tipo de cosas. Desde niño siempre le gustaba desarmar todo para ver cómo funcionaba. Su familia y sus amigos solían darle diferentes artículos para arreglar.

Al día siguiente por la mañana, vino un amigo para hablar con Pacheco sobre lo que había pasado en la fábrica. Después de conversar por un rato, y conociendo la habilidad Pacheco para arreglar cosas, le dijo que tenía un radio que no funcionaba y que le a pagaría si lograba arreglarlo. Pacheco aceptó la propuesta. El amigo fue a su apartamento, buscó el radio y se lo llevó a Pacheco. En menos de 20 minutos lo había arreglado. El amigo le pagó y se marchó. Fue entonces, cuando de repente se le ocurrió la idea de buscar cosas para arreglar y cobrar de acuerdo a lo que las personas estuvieran dispuestas a pagar. Le explicó la idea a su esposa y a ella le encantó.

—Que buena idea —dijo Juan José, asintiendo la cabeza.

—Ese mismo día Pacheco y su esposa se fueron por toda la cuadra donde vivían preguntando a sus vecinos si tenían algo que no le funcionara o que necesitara reparación, y fueron sorprendidos con lo que pasó. En vista de que la situación económica del país estaba muy difícil, la gente no tenía dinero para comprar artículos nuevos, así que preferían arreglar lo que tenían. El primer día le entregaron para arreglar dos planchas, tres cuadros, una mesa y un televisor. Inmediatamente se puso manos a la obra y Pacheco logró arreglar todo, menos el televisor que dejó para el día siguiente. Las personas estaban fascinadas con su rapidez, así que le pagaron y en algunos casos le entregaron más artículos para reparar. En cuanto al televisor, no sabía exactamente cuál era el problema, por lo tanto visitó a un amigo que sabía mucho de televisores y le preguntó si podía arreglarlo. El amigo le dijo que era posible, pero para hacerlo necesitaba una pieza que debía ser comprada. Pacheco visitó al dueño del televisor y le explicó la situación; el cliente le dio el dinero para la compra del

repuesto y al día siguiente Pacheco entregó el televisor funcionando como si fuera nuevo. Por supuesto, los dos amigos compartieron la ganancia.

—¿Y después que pasó? —preguntó Juan José.

—En poco tiempo, Pacheco tenía mucho más trabajo de lo que podía hacer solo. Contrató a un joven para que le ayudara, y después de varios meses se dio cuenta que necesitaba más espacio. Alquiló un local que tenía todo lo que él necesitaba para su negocio de reparaciones. Poco a poco se convirtió en un héroe de su comunidad. La gente le llevaba de todo para reparar. Con el tiempo aprendieron que cuando Pacheco no podía arreglar algo, ya era el momento de botarlo y comprar uno nuevo. Pacheco generalmente daba una garantía a sus clientes. En un 90% de los casos, lograba arreglar lo que traían y en el 10% restante, imás nunca iba a funcionar! Todos se reían y sabían que tenía razón.

El anciano hizo una pausa y mirando que el muchacho prestaba atención a cada palabra que decía, dijo:

—Esto nos muestra una de las grandes verdades de la vida. Para todo, hay un comienzo y hay un fin, nada ni nadie se escapa.

—Nunca lo había pensado de esta manera —dijo Juan José, con el ceño fruncido—, pero ahora veo que es así.

—Mientras corrían los años su negocio fue creciendo. Compró una casa grande y vivía como un rey. Un día llegó un funcionario del gobierno y le dijo que quería otorgarle un premio por lo que había hecho en su comunidad. Pacheco era un excelente ejemplo para todas las personas en su barrio que tuvieran ganas de lograr sus sueños. Pacheco aceptó lo propuesto por el funcionario con agrado. El día de la entrega del premio éste le pidió a Pacheco que firmara su nombre en el

libro de actas y fue entonces que Pacheco le explicó que no sabía leer ni escribir. El funcionario se quedó asombrado.

— ¿Qué hubiese pasado con su vida de haber aprendido a leer y escribir? —le preguntó a Pacheco.

—Sería un vigilante en una fábrica.

El chico sonrió y Abuelito siguió, hablando detenidamente:

—Todo en la vida depende de nuestro punto de vista. Hay personas que tienen un problema y dicen: <<Qué lástima, qué mala suerte, pobre de mí. No puedo creer que tengo este problema>>. Otros frente a la misma situación dicen: <<Qué oportunidad de aprender se me ha presentado con este desafío>>. Hay que escoger cuál va a ser la actitud que tomaremos con respecto a lo que nos ocurra en el transcurso de la vida.

## V. Un Don Especial



**L**uego de escuchar el cuento, Juan José consideró lo que le había dicho Abuelito de la vida de Pacheco. Entonces preguntó:

—Yo entiendo que Pacheco tuvo éxito pero ¿qué hago yo? ¿Debería ponerme a arreglar cosas?

—Lo que funciona para una persona no necesariamente va a funcionar para otra —respondió Abuelito, después de sonreír ante la sencillez del chico—. Cada uno de nosotros debemos buscar cuál es el talento que tenemos, el don que todos tenemos que nos permite ser especiales. A veces no es fácil, y hay personas que transitan toda una vida sin encontrar su don especial. Todos tenemos un por qué estar en este mundo y siempre hay algo maravilloso que podemos hacer. Frecuentemente, este don es elusivo, a veces se esconde por debajo de las piedras y tenemos que excavar para encontrarlo.

El muchacho se quedó pensando por unos minutos en lo que le había dicho Abuelito. Los dos estaban quietos por un tiempo. Este silencio le pareció interesante a Juan José. Pensaba que normalmente él se sentía muy incómodo cuando estaba hablando con sus amigos y, de repente un silencio se hacía en el grupo, mientras que con Abuelito se sentía completamente natural. A pesar de que había muchas personas caminando en los alrededores, Juan José sintió como si los dos estaban solos, como si estuvieran dentro de una burbuja que les protegía del ruido de la calle.

Juan José rompió el silencio y le preguntó a Abuelito:

—¿Cómo puedo encontrar mi don, mi razón de estar en el mundo?

El anciano vio los ojos brillantes e inquisitivos de Juan José y percibió el deseo en aquel joven de tener una vida exitosa. —Todos tenemos que buscar nuestro camino. No hay una respuesta fácil que sirva para todos. Esa respuesta puede llegar en un día, un mes, un año o tal vez podría ser que nunca llegue. Lo que sí te digo con toda seguridad es que un don especial suele aparecer mucho más rápido para aquellos que lo buscan que para los que no saben que existe. La triste realidad es que muchas de las personas en el mundo nunca encuentran su don especial, y nunca descubren su misión en la vida. Suele ocurrir que se levantan y se van al trabajo todos los días como si fueran unos robots. A veces disfrutan de lo que hacen y en otras oportunidades lo detestan. Lo hacen porque no se han dado cuenta de que hay otras opciones y piensan que eso es lo único que pueden hacer. Sus vidas consisten en levantarse, seguir una rutina y acostarse por las noches.

El chico asintió con la cabeza, dando entender que comprendía lo que quería decir el viejo, hasta que de repente arrugó la nariz y preguntó:

—Si consigo mi don especial, ¿significa que voy a tener mucho dinero y una casa grande, como el señor Pacheco que arreglaba cosas en su cuento?

—Es una buena pregunta —contestó Abuelito, y luego sonrió otra vez—. Muchas veces conseguir nuestro don especial significa lograr riquezas materiales, aunque no siempre es así. Lo más importante es que nos sintamos satisfechos con lo que estamos haciendo. Todos dependemos de una u otra manera de otras personas para nuestra existencia en este mundo. Los que prosperan son los que logran satisfacer las necesidades y los deseos de los demás, bien sean materiales o espirituales. La recompensa que recibimos puede aparecer en forma monetaria, como de otras maneras, manifestándose en nuestra propia felicidad o en la felicidad de los que nos rodean.

El chico pensó sobre lo dicho por Abuelito y decidió en ese instante que no quería esperar toda su vida para encontrar su don especial. Consideró cuidadosamente las palabras de Abuelito y se dio cuenta que conocía a muchas personas que estaban obstinadas de sus trabajos, eso se evidenciaba en sus vidas; y por otro lado conocía pocas personas que estaban realmente contentas con lo que hacían. Decidió que quería ser una de esas personas que estaban contentas con su lugar en este mundo. Resolvió que quería conseguir su don especial y su misión de a cumplir.

Le preguntó a Abuelito:

—¿Cómo puedo conseguir mi don especial lo más pronto posible?

El anciano se fijó en los ojos radiantes del chico y contestó:

—Como te dije antes, no hay un camino único y no hay una varita mágica que lo haga aparecer, sin embargo, hay muchas formas de buscar tu don especial. Permíteme preguntarte algo. ¿Hay algo que siempre hayas querido hacer y que hasta ahora no has podido hacer?

El muchacho se quedó pensando un momento, y de repente contestó con ánimo:

—¡Sí, hay algo! Siempre he querido conocer Aguascalientes, el pueblo donde nació mi papá. Nunca he podido ir para allá. ¿Podría conseguir mi don especial si voy hasta ese lugar?

Abuelito sonrió al ver la inocencia y sencillez que sólo podía tener un jovencito.

—Es posible, sin embargo no te lo puedo asegurar. ¿Por qué nunca has ido para allá? —quería saber Abuelito.

—Íbamos a ir una vez, sólo que no teníamos el dinero para el pasaje, después desapareció mi papá y desde entonces mi mamá no quería saber nada que se relacione con él, ni con Aguascalientes. Siempre he querido ir para allá —explicó Juan José—. Mi papá siempre me dijo que mi abuelo es una persona muy importante en Aguascalientes, que tiene una finca y es respetado por todos. Creo que todavía está vivo. He soñado con mi abuelo y cómo sería vivir en una finca, montado en un caballo todos los días arreglando cercas y cuidando vacas. Las únicas veces que he salido del Distrito Capital han sido unos viajes a la playa. Mi vida es cemento, humo y ruido; no conozco otra realidad y quiero conocer mis raíces.

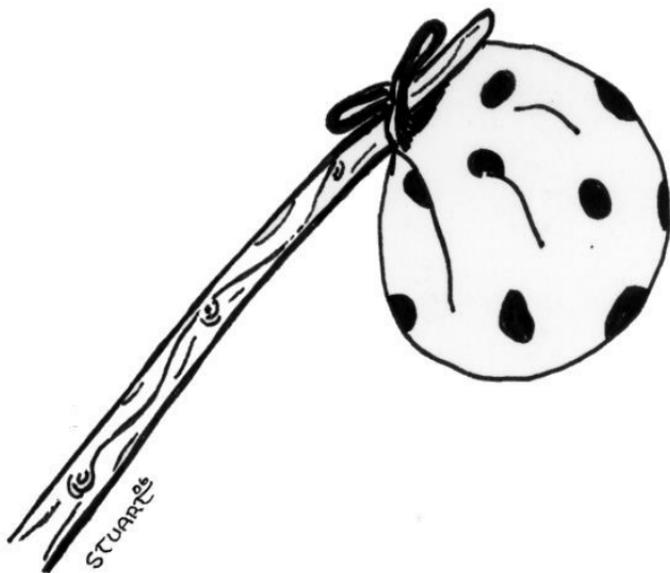
—Ve hijo, ve a ver qué encuentras —dijo Abuelito—. Sugiero que vayas con tus ojos inquisitivos bien abiertos y dispuestos a aceptar lo que encuentres. La gran mayoría de nosotros paseamos por el camino de la vida sin ver por los lados, como si estuviéramos en un túnel, sin ver la belleza que nos rodea a

cada instante. Este instante es el momento más intenso de nuestras vidas. La vida es increíble y podemos aprender a disfrutar cada momento.

El viejo se quedó viendo los ojos del muchacho y después de un momento con esperanza en su tono, dijo:

—Nunca se sabe cuándo vas a encontrar tu don especial.

## VI. El Viaje



**J**uan José esperaba su mamá aquella noche y cuando llegó, la saludó a la puerta con mucho ánimo:

—Bendición mami.

—Qué Dios te bendiga —respondió de costumbre.

Luego, sin esperar que entrara más en la casa, comenzó a explicarle sobre su día:

—¡No vas a creer lo que me pasó hoy!

—Cálmate hijo, estás acelerado. ¿Qué pasó?

—Perdí mi trabajo —comenzó a decir Juan José—. Pero no quiero que te preocupes, mami, porque después, pasó algo maravilloso —dijo rápidamente sin tomar respiro.

—¿Cómo puede ser maravilloso? —respondió su mamá, preocupándose por el comportamiento extraño de su hijo—. ¿Ahora qué vamos a hacer? Tú sabes muy bien que todos tenemos que contribuir para los gastos de la casa y aun así parece que siempre nos está faltando.

—Cálmate mamá —dijo Juan José—. Conocí un señor que se llama Abuelito y me habló de cosas maravillosas. Me dijo que todos tenemos un don especial, una misión que cumplir en la vida.

—¡Juan José! —dijo su mamá en tono de regaño—. ¿Cuántas veces te he dicho que no debes hablar con desconocidos?

—Mamá —explicaba su hijo—, él es diferente. No sé cómo explicarte, pero sentí algo increíble cuando estaba hablando con él. Parecía que sabía exactamente lo que yo pensaba y sentía en todo momento.

Juan José le comentó todo a su mamá referente su conversación con Abuelito. Al principio, a María Consuelo le dio miedo que su hijo estuviera hablando con un señor desconocido. Al ver lo emocionado que estaba Juan José, después se le quitó su preocupación. Aunque Juan José tenía motivos para estar triste por lo que había pasado con su trabajo, no era así. Ella vio en su hijo una energía que le resplandecía en los ojos y que no había visto en mucho tiempo. De hecho, para ser exacta, la última vez que la vio fue antes de que su esposo José María desapareciera. A Juan José se le había ido parte de la pasión que sentía por la vida, parecía como si la llama que siempre ardía en el cuerpo de su hijo se hubiese apagado.

Ahora, veía una luz que brillaba de nuevo en los ojos. Cuando pudo apreciar nuevamente el entusiasmo que se le había escapado recientemente a Juan José, María Consuelo también se emocionó. Ella, como todas las madres, quería lo mejor para sus hijos. Le daba pánico pensar que Juan José

viajaría solo a Aguascalientes, no obstante, entendió que lo que decía Abuelito era cierto. María Consuelo quería con toda su alma que Juan José encontrara su don especial, y sabía que su destino, por el momento, era ir a Aguascalientes.

Juan José inició su viaje esa misma noche. Estaba muy ansioso de ver donde había nacido su papá y conocer el lugar donde tal vez podría encontrar algo que cambiaría su vida. No sabía exactamente cómo iba a hacer para llegar hasta allá, pero tenía fe que de alguna manera todo iba a salir bien.

En un bolso llevaba la comida que su mamá le preparó, un cambio de ropa y su cepillo de dientes. Lo que no tenía era dinero. Juan José se fue de su casa asustado y a la vez confiado en que iba a conseguir la forma de alcanzar su objetivo.

Cuando llegó al terminal de los autobuses observó la actividad en el lugar, todos andaban con prisa por todos lados. Preguntó a varias personas hasta que consiguió un autobús que iba a Santa Fe, la ciudad que quedaba más cerca de Aguascalientes, entonces se acercó al chofer y le dijo:

—Tengo que ir a Santa Fe, el único problema es que no tengo dinero. Puedo trabajar y ayudarle con lo que usted necesite, si me permite abordar el autobús.

—Estás loco muchacho —dijo el chofer, en tono de enfado—. ¿Cómo piensas viajar si no tienes dinero?

Justo en este momento se les acercó una señora que estaba parada cerca y había escuchado su conversación.

—Escuché lo que le decías al chofer —dijo la señora a Juan José—. ¿Por qué tanto apuro para ir a Santa Fe?

—Realmente tengo que ir a Aguascalientes pero la ciudad más cercana es Santa Fe.

—¿Qué hay en Aguascalientes que sea tan importante? —pregunta la señora a Juan José.

—Mi papá nació en Aguascalientes y tengo que buscar algo importante allí —contestó Juan José con firmeza en su voz y en su intención.

—Mi nombre es María Elena Fernández y tengo que llevarle unos documentos importantes a mi papá que vive en Los Dos Caminos, y por varios derrumbes en la zona, ahora sólo se puede llegar caminando por una vereda de tierra. Queda como a un día caminando de Santa Fe. Por más que quiero ver a mi papá, no puedo hacerlo, ya que mi hijo está muy enfermo y no puedo ni dejarlo solo, ni llevarlo conmigo.

—Espero que se mejore rápido —dijo Juan José con empatía.

—Gracias, tengo una idea —dijo la señora—. Ya que no puedo ir personalmente por la situación actual de mi hijo, ¿qué tal si yo te pago el pasaje, y tú le entregas el paquete a mi papá?

—Por supuesto que sí. —dijo Juan José con ánimo brincando en el aire y agregando—. ¡Sería maravilloso!

—Pareces un buen chico y algo me dice que eres honesto —dijo la Sra. María Elena—. Mi papá se llama Don Emilio Fernández y como te he dicho, él vive en un pueblo que se llama Los Dos Caminos. Por los derrumbes, no hay transporte y me han dicho que queda como a un día caminando de donde llega el autobús en Santa Fe. Hubo un derrumbe y no hay paso de vehículos hasta tanto no arreglan la carretera. ¿Seguro que estás dispuesto a hacer el viaje?

Juan José asintió con su cabeza con entusiasmo y afirmó que estaba dispuesto a hacerlo.

La señora escribió la dirección exacta en un papel y se lo dio a Juan José junto con el boleto del autobús, así como el paquete para su papá. El chofer, quien estaba escuchando su conversación, dijo:

—Con relación a Santa Fe, Los Dos Caminos no queda en la misma dirección que Aguascalientes, y tampoco hay paso de transporte entre Los Dos Caminos y Aguascalientes por los derrumbes en la zona.

—No se preocupe —dijo Juan José al chofer, quien se quedó con la boca abierta—, antes de hacer cualquier otra cosa, entregaré su encomienda, Sra. María Elena, se lo prometo. Además, estoy en buenas condiciones físicas.

Cuando Juan José dio el boleto al chofer, éste le comentó sonriendo:

—Veo que eres un chico inteligente, adelante.

Juan José le dio las gracias y feliz tomó su asiento en el autobús.

El joven sintió que se estaba embarcando en algo importante. Por lo que le había explicado Abuelito, sabía que en cualquier momento podía conseguir su don especial, su razón de estar en el mundo. Aunque no sabía de dónde vendría la información que le indicara cuál era su don especial, recordaba lo que le dijo Abuelito: <<Un don especial suele aparecer mucho más rápido para aquellos que lo buscan que para los que no saben que existe>>.

Juan José pensó en las personas que conocía. Eran pocos los que parecían estar disfrutando de la vida. Pensó en el Señor Romero que vendía periódicos en el kiosko cercano a donde vivía. Siempre tenía una sonrisa dibujado en su cara y les decía buenos días a todos los que pasaban en frente de su negocio. No importaba si la gente se paraba a comprar algo o

no, él igualmente saludaba a cada uno. Juan José imaginó que esa era una de las razones principales de que la gran mayoría de las personas de la cuadra compraban los periódicos y golosinas precisamente a él.

Había otro kiosco en la otra esquina y el señor que trabajaba ahí era un gruñón. No saludaba a la gente y cuando les daba el dinero del vuelto, no les decía ni gracias, ni buenos días, ni nada. El tamaño del kiosco de Sr. Romero era por lo menos el doble de este otro y siempre estaba surtido con una gran variedad de periódicos y dulces. Juan José imaginó que lo más probable es que el Sr. Romero había conseguido su don especial.

En el autobús en que iba Juan José, no había nadie sentado a su lado, así que se estiró, y en poco tiempo estaba profundamente dormido.

Soñó con que estaba regresando a su barrio en el Distrito Capital. Venía caminando por la cuadra y tenía una sonrisa inmensa. Cuando vio a sus amigos éstos le preguntaron:

—¿Qué te pasa pajarito, porque estás tan feliz?

—He encontrado mi don especial. Ya sé lo que quiero hacer con mi vida.

Ellos lo miraban como si viniera de otro planeta. Él les contó sobre su aventura, y que había conseguido lo que era su destino en la vida. Ellos le dijeron:

—Tú sabes que nosotros nacimos pobres aquí en este barrio y vamos a morir pobres aquí mismo. ¡Nadie sale de aquí amigo, nacimos pobres y pobres moriremos!

—¡No! —respondió Juan José gritando—. No solamente se trata de dinero y no pueden robarse mi sueño. Yo sé que puedo lograr algo importante en mi vida. Abuelito me lo dijo.

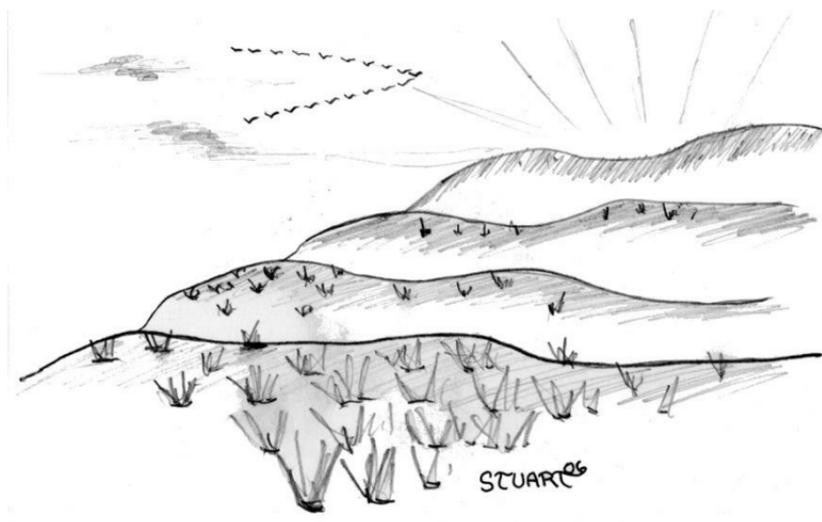
Al decir esto, empezó a correr en su sueño. Parecía tan real que sentía su corazón latiendo fuertemente y su respiración acelerada. Sus amigos le estaban persiguiendo burlándose de él. Juan José corría y miraba hacia atrás, hasta que de repente, se cayó en un hueco enorme que estaba en el medio de la calle. Empezó a dar vueltas cayéndose en un vacío y fue en ese momento que se despertó algo desorientado ya que no sabía dónde estaba. Miró a su alrededor y todo estaba oscuro. Cuando sintió el movimiento del autobús, recordó que iba a Aguascalientes pero que primero tenía que ir a Santa Fe y Dos Caminos. Reflexionó un poco sobre su sueño y pensó en todos sus amigos y conocidos de la cuadra. Imaginó: <<Seguramente, si yo regresara conociendo mi don especial, ellos estarían contentos>>. No tendrían por qué estar celosos o bravos. Juan José no entendió bien el significado de lo que había soñado o si tenía algún significado. Se quedó pensando un rato en lo maravilloso que sería saber cuál era su destino, su misión en la vida. Esta frase de Abuelito se quedó dando vueltas en su mente: <<¡Nunca se sabe cuando te vas a encontrar tu don especial!>>.

Juan José sabía que tenía que conseguir su don especial. A la vez, él sintió miedo por lo que le podría pasar en su aventura. Sobre todo porque no tenía dinero. Con el movimiento del autobús, en pocos minutos se quedó dormido nuevamente.

Cuando se despertó, vio que estaba pasando por los llanos. Había leído sobre esta región encantada y ahora veía por primera vez el espectáculo maravilloso. Observaba el verde intenso de la vegetación y las colinas que moldeaban la tierra. Pensaba en el contraste con el Distrito Capital con sus edificios altos, carros y autobuses. Vio una bandada de pájaros que cruzaban al cielo en forma de <<V>>. Se acordaba que había estudiado la razón del porqué vuelan en esta formación. Decían que los pájaros siempre trabajan en equipo. Los más

fuertes van al frente y cuando se cansan dan paso a los de atrás que pasan al frente porque están más frescos y tienen más energía. Consideró la maravilla de la naturaleza y el hecho de que todo tiene un por qué en la vida. Reflexionó en su don especial que tanto anhelaba conseguir, e imaginaba que debería ser algo natural, algo sencillo y a su vez poderoso. En ese momento se acordó de otras palabras de Abuelito, <<Este momento es el instante más intenso de nuestras vidas>>. Cuando vio la belleza de los llanos, entendió lo que su amigo le quiso decir.

## VII. Santa Fe



**C**uando Juan José llegó a Santa Fe eran un poco después de las 5:00 de la tarde. En el camino comió lo que le había dado su mamá y ya tenía hambre otra vez. Por la hora, sabía que no podía comenzar el viaje para entregar los papeles de la señora Fernández. Vio un restaurante en la plaza y fue hasta allí, entró y un señor con una sonrisa dibujada en la cara le dijo:

—Bienvenido, mi nombre es Juan y soy el dueño del restaurante. Parece que estás perdido. ¿Tienes hambre?

—¿Qué posibilidad hay de hacer algún tipo de trabajo a cambio de comida? —preguntó Juan José.

A Don Juan le pareció que el chico era algo extraño y se dio cuenta que estaba fuera de su ambiente. La persona que normalmente lavaba los platos en el restaurante se había enfermado, así que el dueño le preguntó:

—¿Sabes cómo lavar platos?

—¡Por supuesto que sí! —Contestó Juan José, sin pensarlo dos veces—. Aunque nunca he trabajado en un restaurante, lavar platos es mi especialidad.

Juan José trabajó sin parar desde las 6 hasta las 9 de la noche y estaba sorprendido de cuantos platos tenía que lavar. Resulta que Don Juan ofrecía comida criolla a un precio muy razonable, por lo que venían muchas personas a comer a su restaurante por las noches.

Cuando ya se habían ido todos los comensales, Don Juan le dijo:

—Ven a comer jovencito, ya has trabajado suficiente.

Se sentaron y empezaron a comer juntos. Don Juan le preguntó:

—¿De dónde eres?

—Vengo del Distrito Capital.

—Con razón, sabía que no eras de aquí. ¿Qué haces por estos lados?

—Es una larga historia.

Se rió Don Juan y respondió:

—Está bien cuéntamelo, yo siempre tengo tiempo para escuchar a los demás.

—Perdí mi trabajo ayer —comenzó diciendo el muchacho—, y conocí un señor que se llama Abuelito. Me contó cosas maravillosas y sugirió que viniera a conocer al pueblo donde nació mi papá.

—Que interesante. ¿Hay algún otro motivo por el cual vienes?

—Sí, Abuelito me comentó que todos tenemos un don especial y yo quiero conseguir el mío.

Al señor le pareció interesante el planteamiento y le pidió que Juan José le contara más sobre su conversación con el anciano.

—Me preguntó si había algo que siempre hubiera querido hacer y que no había hecho. Le dije que quería ir al pueblo donde nació mi padre y ver si todavía estaba vivo mi abuelo.

—¿Y cómo se llama tu abuelo? —quería saber Don Juan.

—José Joaquín Sánchez.

—¡Qué bueno! El es una persona muy conocida en esta zona. Aunque no lo conozco personalmente, he escuchado mucho de él. Se consideraba en una época como una de las personas más influyentes de la región.

—¿Por qué? —indagó Juan José.

—Bueno, si sigue vivo creo que será mejor que él mismo te cuente sobre su vida. Lo que sí te puedo decir es que ha sido una persona muy respetada.

Cuando terminaron de comer, Don Juan le preguntó:

—¿Tienes dónde dormir?

—No señor —contestó Juan José honestamente.

—Tenemos una habitación extra y estoy seguro que mi esposa estará encantada de tener una visita.

Juan José aceptó la invitación. Cuando llegaron a la casa ya era tarde y todos estaban durmiendo. Entraron, Don Juan señaló una habitación, y le dijo:

—Puedes dormir ahí. Hay un baño al final del pasillo que puedes utilizar. Buenas noches Juan José y dulces sueños.

—Muchas gracias —contestó el chico con sinceridad, agradecido por la gentileza del señor—. Buenas noches.

Después de ir al baño, lavarse y cepillarse los dientes, Juan José entró en la habitación y se acostó. Reflexionó sobre todo lo que le había pasado desde el día anterior cuando había perdido su trabajo. Pensó en la conversación que había tenido con Abuelito, luego la conversación con su mamá, con la señora Fernández quien le pagó el pasaje en el autobús y ahora en su encuentro con Don Juan. Nunca se había considerado como una persona muy afortunada. Aun así, en ese momento se sintió como si fuera la persona con más suerte en el mundo. Se acordó de una cartelera que había visto una vez, que decía: <<La suerte llega cuando la preparación se encuentra con la oportunidad>>. Tal vez, esto es lo que le estaba sucediendo. Puede ser que se estuviera preparando a encontrar su don especial y por eso le estaban sucediendo cosas buenas.

Cuando se despertó por la mañana, estaba desorientado. Al principio, no se acordaba dónde estaba. Lo cierto es que se sintió increíble. No escuchaba el ruido de la calle que era el sonido que a diario percibía desde su apartamento. Normalmente, se despertaba con el ruido de las cornetas de los carros y los autobuses de la ciudad. Ahora lo único que sentía era el canto de los pájaros dando la bienvenida al día.

Fue al baño, se lavó y entró a la cocina. Al llegar al comedor, se quedó boquiabierto; ya que al lado de Don Juan y su esposa estaba sentada la muchacha más linda que había visto en su vida. Ella sonrió maravillosamente y dijo:

—Buenos días.

La dulce melodía de su voz lo dejó sin respiración. Tenía el pelo liso, negro y largo. Tenía un rostro angelical y sus ojos estaban vivos y refrescantes.

Don Juan dijo:

—Juan José, te presento a mi hija, María Antonieta y a mi esposa.

Juan José se quedó parado ahí como una estatua, sin decir nada. Sentía que de moverse en ese instante se podía despertar de un sueño increíble. De repente, Juan José salió de su trance y apenas logró balbucear un buenos días medio débil.

Mientras comían, trataba de concentrarse en lo que estaba diciendo Don Juan pero no podía dejar de pensar en la muñeca que estaba sentada a su lado. Después de comer, Juan José dijo:

—Debo irme para entregar el paquete que la Sra. Fernández me encomendó.

—¿Sabes a dónde vas? —preguntó Don Juan.

—Ella me dio la dirección, es en Los Dos Caminos —dijo mientras la sacaba de su bolsillo. Desenvolvió el papel y se lo mostró.

Viendo las indicaciones, Don Juan dijo:

—¿Sabes que no hay paso de vehículos por los derrumbes que tuvimos en la zona?

—Sí, me lo comentaron.

—Para llegar a Los Dos Caminos por un camino alternativo toma esta misma calle hasta salir de la ciudad. Ahí a mano izquierda nace una vereda que te llevará. Ve siempre bajando por el mismo caminito y llegarás al pueblo de Dos Caminos al

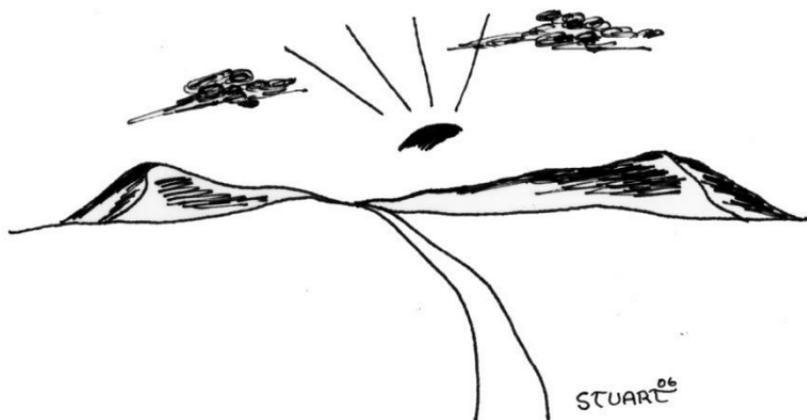
final de la tarde. Por lo que me acuerdo, la casa a donde tienes que ir está en la avenida principal.

—Gracias de nuevo Don Juan.

—Quiero que sepas que me ha encantado conocerte Juan José y serás siempre bienvenido en nuestra casa.

Le dio la mano a Don Juan, asintió con la cabeza a su esposa, como también a María Antonieta, y salió de la casa. Atravesó por la grama del jardín, pasó a la calle, giró a la derecha y comenzó a caminar. Cuando había caminado unos pasos se volteó y vio que María Antonieta lo estaba viendo por la ventana. Juan José apreció la sonrisa más bella que había visto. No habían hablado más de cinco palabras y aun así, él sabía que ella era una persona extraordinaria. La saludó con la mano y siguió su camino. El rostro sonriente de ella se le quedó grabado como una obra de arte en su mente.

## VIII. Ramón



**J**uan José comenzó su viaje con el rostro de María Antonieta dibujado en su memoria, no podía pensar en otra cosa. Había conocido varias chicas tanto del colegio como de la cuadra donde vivía, de hecho, había algunas de ellas que había conocido casi toda su vida. Sin embargo, María Antonieta era diferente. Sentía algo extraño en su estómago cuando pensaba en ella, como si hubiera mariposas volando por dentro. Había estado nervioso y ansioso. Quería hablar con ella mientras estaban desayunando y no pudo. Se había quedado mudo. Se le ocurrió que lo más probable es que ella pensara que era un tonto, pero a pesar de esto, la forma en que le había mirado, le daba esperanzas que no fuera así. Los ojos de María Antonieta destellaban como diamantes cuando lo veían. Pensó, <<¿Puede ser que ella sintiera la misma sensación de las mariposas?>>. Con toda su alma quería regresar y preguntarle en qué estaba pensando. Sin embargo, como había hecho una promesa a la señora Fernández sobre la encomienda, siguió su aventura.

En su camino encontró varias personas. Le pareció extraño a Juan José que todos le saludaran con una sonrisa. En el

Distrito Capital no se acostumbraba hacer esto, la gente siempre estaba apurada y normalmente no se saludaban a menos que se conocieran. Su mamá siempre le había dicho que tuviera mucho cuidado con los desconocidos y solía decir: <<Hay que tener cuidado con la gente Juan José, nunca se sabe lo que realmente quiere>>. Caminando por esta vereda espectacular en el llano no sentía miedo. Le parecía que la gente le estaba saludando por ser simpático y no porque quisiera algo de él.

En la medida que avanzaba más calor hacía. A pesar de esto, experimentaba una grata frescura cuando soplaban el viento. Respiraba aire limpio y sentía que una energía increíble pasaba por todo su cuerpo con cada respiración, y eso le hizo pensar que estaba realmente vivo. Tenía el presentimiento que algo importante iba a pasar en su vida, aunque no sabía qué ni cómo iba a pasar. Percibía que el cauce de su vida podría cambiar. Se acordó de haber escuchado en una oportunidad, <<Pensar en positivo produce resultados positivos>>. Decidió que iba a pensar en positivo para ver si de verdad funcionaba, aunque no estaba totalmente convencido. Había visto mucha pobreza en su vida. Si fuera tan fácil: <<¿Por qué todos no pensaban positivamente?>>. Consideró la cantidad de vidas que podrían ser cambiadas con el simple hecho de pensar en positivo.

Llegó a una colina donde había un muchacho montado en un caballo. Iba detrás de un rebaño de vacas. Juan José se quedó viéndolo y por su apariencia, calculó que debería tener más o menos su misma edad. Vio que andaba tranquilamente detrás de las vacas mientras que su perro iba corriendo por todos lados manteniendo el ganado agrupado. El muchacho tocaba un tambor mientras veía los movimientos de su perro. Juan José pensó en la vida de aquel joven, imaginando en lo diferente que debía ser vivir todo el tiempo en el campo, pasando los días al aire libre y tocando tambor.

Juan José se paró a un lado mientras pasaban las vacas y cuando llegó el chico lo saludó:

—Buenos días.

—¡Buenos días! —contestó el joven con ánimo—. ¿A dónde vas?

—Tengo que entregar unos papeles a un señor que se llama Don Emilio Fernández. Él vive en Los Dos Caminos.

—Lo conozco muy bien. Por cierto, es buen amigo de mi abuelo.

—¿Cuánto falta para llegar a Los Dos Caminos? —preguntó Juan José.

—Ahora es que te falta amigo. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Juan José y ¿tú?

—Mi nombre es Ramón. Tú no eres de aquí, ¿verdad?

—Vengo del Distrito Capital. Vine a conocer a mi abuelo que vive en Aguascalientes.

—¡Vas mal! ¿No sabes que Aguascalientes queda por allá? —dijo Ramón indicando al horizonte por encima de su hombro.

—Lo sé. La hija de Don Emilio Fernández me pagó el pasaje en el autobús hacia Santa Fe a cambio de que le entregara esta encomienda a su padre —dijo Juan José, enseñándole el paquete.

—Ah, ya entiendo —contestó el otro muchacho—. Yo estoy llevando este rebaño de vacas a Santa Fe para venderlas en el mercado.

—Que interesante. Debe ser divertido andar a caballo. ¿Cómo es? —preguntó Juan José.

Ramón rió y dijo:

—¿Nunca te has montado a un caballo? Para mí es como caminar. Comencé a andar a caballo casi al mismo tiempo que empecé a caminar. Es mucho mejor que caminar sobre todo cuando se trata de largas distancias. ¿Quieres probarlo?

—No sé. Me da miedo.

—Anda amigo, ino seas cobarde, es fácil!

Ramón se bajó del caballo y ayudó a Juan José a montarse. Al estar montado, tomó las riendas y caminó con el caballo un poco.

—¡Qué maravilla! —dijo Juan José con alegría—. Siento como si tuviera una mejor vista desde aquí arriba.

Ramón le explicó cómo utilizar las riendas y le dijo que diera una vuelta solo. Andaba bien hasta el momento que el caballo empezó a trotar.

—¡Y ahora qué hago! —gritó Juan José asustado. Sintió que se iba a caer en cualquier momento.

—¡Pareces un robot brincando! Tienes que relajarte un poco.



—¿Cómo quieres que me relaje cuando estoy a punto de caer?

—¡Para Estrellita! —gritó Ramón.

El caballo se frenó. Ramón ayudó a Juan José

bajarse del caballo y le preguntó, —¿Qué te pareció?

—Por el momento prefiero caminar —contestó Juan José—. Siento como si hubiese estado en una licuadora.

Los dos empezaron a reír fuertemente. Cuando pararon, Ramón le dijo, —Hubiese querido tener una cámara para sacarte una foto. ¡Tenías una cara de terror!

—Creo que nunca he estado tan asustado en mi vida. Sentí que me iba a caer y que se iban a romper todos mis huesos. Desde aquí abajo no parece que uno estuviera tan alto y cuando uno está encima, se ve altísimo. ¿Cuántos años tienes? —preguntó Juan José.

—Acabo de cumplir 15 años. Y tú, ¿cuántos años tienes?

—Tengo 14 y mi cumpleaños es el próximo mes.

—Estamos casi iguales. ¿Cómo es vivir en el Distrito Capital?

—¿Qué te gustaría saber?

—Bueno, yo he vivido toda mi vida en el campo. Siempre he soñado con ir al Distrito Capital. Debe ser un lugar lleno de acción y movimiento.

—Eso sí es verdad. Hay mucha acción y mucho movimiento, junto con mucho tráfico y mucho ruido. A veces es demasiado y suele ser constante haciéndolo difícil a veces hasta pensar.

—Nací en Los Dos Caminos y temo que viviré allí para siempre —dijo Ramón, después de un suspiro grande—. Mi papá necesita mi ayuda en la finca. Se murió mi único hermano y ahora sólo soy yo quien le puede ayudar.

—Sentido pésame. ¿Cómo se murió?

—Fue un accidente. Estaba llevando las vacas al mercado, como yo estoy haciendo hoy, cuando el rebaño se asustó, mi hermano se cayó del caballo y fue pisoteado en la estampida. Se murió instantáneamente por un golpe en la cabeza.

—¿No te da miedo que algo parecido te pase a ti?

—Aquí en el campo lo único que uno debe temer es al miedo, por lo menos es lo que siempre dice mi padre. Confieso que a veces siento miedo, aunque trato de suprimirlo cuanto más pueda. Mi papá también dice que el miedo es trabajo del Diablo.

—Nunca había escuchado nada parecido pero puede ser.

—¿Ramón, sabes qué?

—¿Qué?

—Yo siempre he soñado con venir al campo. Siempre imaginé algo maravilloso y fantástico. De verdad todo lo que imaginaba es verdad. He estado disfrutando todo mi camino como no tienes idea. Sin embargo, ahora veo que con todas sus maravillas el campo también tiene sus desventajas.

—Igual siento yo sobre el Distrito Capital. Nunca había pensado en todo ese ruido que mencionas y el tráfico. — Ramón frunció el ceño y siguió—. Mi abuelo siempre decía: <<El secreto de la felicidad es estar contento donde está y con lo que tiene>>.

—Debe ser que las personas mayores se ponen de acuerdo —contestó Juan José.

—¿Por qué dices esto?

—Porque conocí un señor mayor que se llama Abuelito y él decía cosas parecidas.

—Aunque me duele decirlo, por lo inflexibles que pueden ser lo ancianos, reconozco que saben bastante —dijo Ramón.

—De acuerdo, yo siempre pensaba que la gente mayor no sabía tanto, pero después de conocer a Abuelito, me he dado cuenta que con todas sus fallas, tal vez la gente mayor sabe bastante sobre la vida.

Como ya era mediodía y tenían hambre, Juan José y Ramón se sentaron y comieron juntos. Compartieron la comida que los dos tenían y hablaron sobre muchos temas. En poco tiempo, estaban hablando como si se conocieran de toda la vida. Ramón explicaba que la vida en el campo era dura y que normalmente trabajaba desde que salía el sol por la mañana hasta que desaparecía por la noche. Comentaron sobre las diferencias entre vivir en el Distrito Capital y el campo, dándose cuenta que cada lugar tenía sus ventajas y desventajas. Cuando terminaron de comer, cada uno siguió su propio camino.

## IX. Los Dos Caminos



**J**uan José llegó a Los Dos Caminos por la tarde y consiguió sin problema la casa de Don Emilio Fernández. Tocó la puerta y un señor la abrió con una sonrisa. Juan José estudió su rostro. Tenía el pelo negro y liso. Aunque tenía muchas arrugas en la cara y era mayor, no parecía tener suficientes años para ser el papá de la Sra. Fernández. Sus ojos mostraban alegría cuando hablaba.

—Buenas tardes joven. ¿Qué te trae a mi casita?

—Estoy buscando a Don Emilio Fernández —dijo Juan José.

—Aquí estoy en carne y hueso.

—Su hija me encomendó entregarle este paquete con unos documentos. Me dijo que era algo muy importante.

—¡Efectivamente! Pensé que ella me lo iba a traer personalmente, y cuánto quería que ella viniera. Desde que ella se fue a vivir al Distrito Capital, casi nunca tengo la oportunidad de verla. Aun así, yo también fui joven y comprendo que todos tenemos que seguir nuestro propio camino. Por como hablas intuyo que tú no eres de aquí, ¿verdad?

—Soy del Distrito Capital. Estoy en camino a Aguascalientes, donde nació mi padre y donde vive mi abuelo.

—¿Cómo se llama tu abuelo?

—Su nombre es José Joaquín Sánchez.

—No puede ser —responde el señor con asombro—. Lo conozco muy bien. Claro, hace mucho tiempo que no lo veo. En esta zona todos conocemos a José Joaquín Sánchez, lo llamamos <<el Patrón>>.

—¿Usted sabe si está vivo?

—La verdad es que no sé. A ver, yo tengo 72 años y él tenía tal vez 10 años más que yo, así que es difícil saber. Cuando yo lo conocí era fuerte y siempre estaba lleno de energía. Lo más probable es que nos sobreviva a todos —dijo Don Emilio sonriendo.

—Me gustaría llegar a Aguascalientes lo más pronto posible, ¿me puede indicar cuál es la mejor manera de llegar?

—Con mucho gusto, pero primero descansa. Los derrumbes han cerrado muchos de los pasos. Has tenido un largo viaje y más vale que duermas esta noche aquí en mi humilde casa. Por la mañana puedes salir y llegarás por la tarde si no te demoras.

—No quiero molestarle. ¿Está seguro?

—Por supuesto que sí. Últimamente me he dado cuenta que estoy hablando solo y la verdad es que no me gusta lo que escucho. Si te quedas me darás por lo menos una noche en la cual puedo pretender que no me he vuelto loco.

Juan José rió. Le caía muy bien Don Emilio Fernández. Tenía un buen sentido del humor y una manera de hablar que le agradaba mucho.

—Vente conmigo hijo. Debes tener mucha hambre.

Don Emilio le indicó a Juan José que lo siguiera y caminó con paso lento pero seguro.

—¿Puedo preguntarle algo? —quería saber Juan José.

—Por supuesto que sí.

—Usted me dijo que tiene 72 años, no parece que usted tiene tantos años. Normalmente la gente mayor tiene el pelo canoso y usted lo tiene completamente negro.

Don Emilio sonrió.

—Bueno, primero quiero decirte que no considero que 72 sean <<tantos años>>. Todo tiene que ver con la perspectiva de las personas. A mi edad, 100 años parecen muchos y 72, una edad ideal.

—Disculpe, no quería ofenderle.

—No te preocupes hijo, estoy acostumbrado. Por el color de mi cabello muchas personas me dicen que aparento tener menos años de los que realmente tengo. Mi abuelo, por parte de mi mamá era igual, nunca tuvo canas, debe ser que heredé sus genes.

—¡Qué maravilloso! Conozco a muchas personas que están en una batalla constante con sus canas incluyendo a mi mamá.

—Siempre me ha parecido interesante la preocupación que tiene la gente por la edad. Por mi parte he tratado de pensar siempre como un joven y resulta que nunca me he sentido viejo —dijo Don Emilio.

—La verdad es que pareciera funcionar, porque usted tiene una excelente apariencia.

—Gracias hijo. Me siento muy bien y me alegra escuchar de otra persona que lo que yo siento por dentro, se aprecia por fuera.

Don Emilio preparó algo de comer y la conversación fluyó con facilidad. A Juan José le encantaba hablar con él. Tenía una manera de expresarse que era muy diferente a la de las personas del Distrito Capital. Era más calmado, profundo y echaba mucha broma. Los dos se rieron mucho hasta muy tarde cuando por fin se acostaron.

Por la mañana se despertaron y desayunaron juntos. Don Emilio le dio comida para el viaje y le dijo:

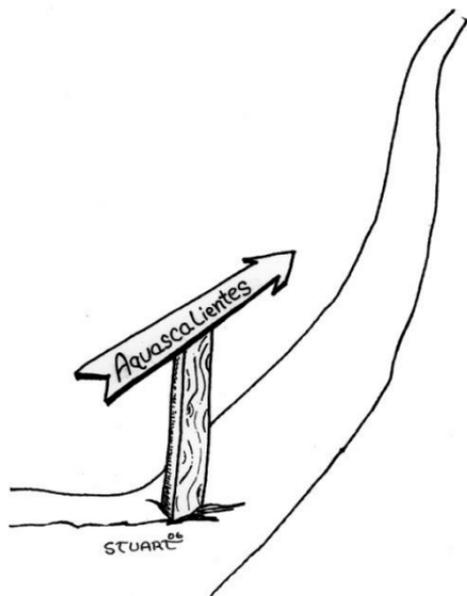
—No hace falta que regreses a Santa Fe. Con la situación de los derrumbes, puedes tomar una vereda que va que va directamente a Aguascalientes. Toma más o menos un día para llegar.

El señor le indicó el camino, Juan José le dio las gracias por su hospitalidad y éste a Juan José por traer los documentos. Don Emilio se despidió diciendo:

—Ve con Dios y acuérdate que Dios ayuda a los que se ayudan a sí mismos.

Se despidieron y Juan José siguió su aventura.

## X. Aguascalientes



**M**ientras caminaba, la emoción de conocer Aguascalientes iba en aumento. La conversación con Don Emilio la noche anterior estaba dando vueltas en su mente << Qué diferencia había entre el Distrito Capital y el campo >>. No podía parar de pensar en cómo hubiese sido su vida si hubiera nacido y crecido en el campo. Pensó de nuevo en lo que Abuelito le había dicho hace un par de días. << Nunca se sabe en qué momento uno va a encontrar su don especial >>. Ahora, más que nunca Juan José estaba convencido que iba encontrar su don especial en Aguascalientes.

El camino a Aguascalientes estaba bien marcado y disfrutó mucho la caminata. Imaginaba que su abuelo debía haber tomado ese mismo camino muchas veces y sonrió por su fortuna de haber tenido que tomar este paso. Pensaba en lo tranquilo que era caminar por ahí solo. Su mente volaba pen-

sando en los eventos que le habían llevado a estar caminando por este sendero. Todo había ocurrido tan rápido, que le parecía increíble pensar que hacía sólo un par de días se había levantado para ir a vender sus periódicos en un día común y corriente. Ahora estaba en un mundo completamente diferente. Cuando perdió su trabajo, pensó que era el fin del mundo y ahora estaba de cierta forma agradecido por lo ocurrido. Si no hubiese sido por este evento tan traumático, no hubiese conocido a Abuelito y no estaría en busca de su don especial. Esto le hizo pensar: <<Lo que al principio puede parecer un problema puede resultar ser una bendición>>.

Por la tardecita llegó a la cima de una colina y vio por primera vez a Aguascalientes. Se le puso la piel de gallina al pensar que ahí, de cierta forma había comenzado su vida. La vista era espectacular. Había un río que pasaba por el pueblo y en sus riberas había muchos árboles y vegetación. El cielo era de un color azul intenso y había un contraste maravilloso con nubes blancas y voluminosas que pasaban lentamente por el cielo, sin apuro y sin destino. Nunca había visto algo tan espectacular en su vida. Por un momento, no podía creer que su papá hubiese querido salir de este paraíso que parecía una postal. ¿Y para qué? ¿Para ir a vivir en el Distrito Capital con todo su ruido y tráfico? Percibió que le faltaba mucho por aprender y estaba seguro que iba a conseguir ahí, en Aguascalientes, por lo menos algunas respuestas a todas las preguntas que se hacía.

Al llegar al pueblo, Juan José se acercó a una de las primeras casas, y de repente escucho la voz de una señora mayor que le preguntó:

—Buenas tardes joven. ¿Estás perdido?

Juan José miró a su derecha e izquierda y no vio a nadie.

—Estoy aquí arriba —dijo una señora que estaba en el techo de la casa con una carcajada.

—¿Qué hace ahí arriba? —preguntó Juan José con una expresión de confusión en su cara.

—Me gusta tener mis plantas aquí arriba. Siento que crecen mejor porque están más cerca del sol. Mis vecinos piensan que estoy loca y creo que tal vez tengan razón.

Juan José la observó caminar hasta una escalera de madera acostada a un lado de la casa, bajó ágilmente y caminó hacia él. Mientras caminaba, pudo apreciar lo pequeña era, parecía una muñeca con ojos azules y el pelo de un color gris brillante. Juan José preguntó:

— ¿Sería tan amable de indicarme donde vive el Sr. José Joaquín Sánchez?

—¿El Patrón? Sí puedo, pero primero dime, ¿quién eres tú?

—Mi nombre es Juan José Sánchez, soy su nieto.

—¡Qué maravilla! Eres igualito al Patrón cuando él era joven. Mi nombre es Ana María. Conozco a tu abuelo desde hace muchos años. ¿Tienes hambre?

A Juan José le parecía interesante que muchos le habían preguntado si tenía hambre. Debe ser que lo notaban en su cara.

—Gracias, pero estoy muy ansioso de ver mi abuelo.

—Tranquilo Juan José ya te voy a indicar cómo llegar a su casa. Primero come algo, faltan unos 20 minutos caminando para llegar a su casa y es cuesta arriba. Sería bueno que comieras algo.

Juan José había almorzado con la comida que le dio Don Emilio al medio día y tenía hambre nuevamente, por lo cual aceptó la invitación. La siguió a la casa y entraron a la cocina. Ella le sirvió una sopa y le preguntó.

—¿Qué te trae a visitar a tu abuelo? ¿Hay algún problema?

—Al contrario. Vengo en busca de mi don especial. Conocí a una persona que se llama Abuelito y me animó a venir a hablar con mi abuelo.

Juan José le comentó sobre su viaje mientras que ella escuchaba atentamente.

—Me parece fabuloso que vayas a conocer por fin a tu abuelo. El Patrón siempre ha hablado de sus hijos y nietos que viven en el Distrito Capital. Aunque también le da tristeza no tener noticias de de ustedes, sobre todo, de su hijo José María, que debe ser tú papá, ¿correcto?

—Efectivamente, él es mi papá. Hace un par de años desapareció y no sabemos nada de él.

—¡Qué lástima! ¿No se sabe nada de lo que le pasó?

—Ni idea. A veces pienso si supiera que está vivo o muerto estaría más tranquilo —dijo Juan José con los ojos húmedos—. Muchos me dicen que seguramente se fue con otra mujer, pero yo no lo creo. Él nos amaba mucho y aunque estuviera con otra mujer, creo que nos hubiese contactado si estuviera vivo. Temo que esté muerto aunque la realidad es que no lo sé.

—Nunca me han gustado las ciudades grandes. Con tanta gente, cualquier cosa es posible.

—Hay unos delincuentes que viven cerca de donde vivimos y creemos que tuvieron algo que ver con la desaparición de mi papá.

—¿No les puedes preguntar si saben algo?

—Ellos me dan miedo y los evito pero probablemente usted tiene razón. Podría preguntarles a ver qué me dicen.

—¡Mucho cuidado Juan José! —dijo la Sra. Ana María persignándose—. No quiero que nada malo te pase.

—No se preocupe. Buscaré una forma de preguntarles sin ponerme en riesgo.

—Me da miedo ir al Distrito Capital —dijo la señora con una cara de asustada—. Prefiero quedarme aquí en Aguascalientes. He tenido que ir para allá para hacer varios trámites pero cuando voy intento quedarme el menor tiempo posible.

—¿Qué me puede decir sobre mi abuelo Sra. Ana María?

—¿El Patrón? Él es muy famoso aquí en Aguascalientes y en la zona. Ya está avanzado en años igual que yo. Aun así, es fuerte y pareciera ser que nunca se va a morir. Hace varios años tuvo un problema de salud y su médico le dijo que se preparara para la muerte. Él le aseguró que no iba a morir y así fue. De hecho, creo que ese médico ya se murió.

Los dos rieron al chiste de la anciana y ella siguió:

—A pesar de algunas dificultades con su escucha, sigue siendo tan fuerte como un caballo. Algo que no sabe mucha gente es que cuando yo era joven estaba locamente enamorada de tu abuelo, como casi todas las demás muchachas en aquella época. Él era y sigue siendo muy guapo. Se casó con la hija de uno de los hacendados más grandes de la zona y fue aquél día de su matrimonio que desaparecieron mis esperanzas de estar con él. Aunque ahora los dos somos viudos y nunca se sabe lo que puede pasar.

Los dos rieron de nuevo.

—¿Por qué lo llaman <<el Patrón>>? —preguntó Juan José frunciendo su ceño.

Ella se sonrió y dijo:

—Es una buena pregunta. Hace tantos años que le dicen el Patrón que no se me había ocurrido que es un poco extraño. Hace mucho tiempo, él condujo un grupo de personas para establecer los derechos de nuestros ciudadanos. Resulta que habían encontrado muchas riquezas de oro en el río y lo único que hacían las compañías era venir y llevarse el oro dejando un desastre en el camino. En aquella época, esta zona era de las más prósperas del país. Tu abuelo dirigió una iniciativa que resultó en legislación obligando a las compañías mineras a utilizar mano de obra local y a cuidar el medio ambiente. Es por esa razón que hay tantas personas que lo respetamos y lo llamamos el Patrón.

Aunque Juan José estaba disfrutando mucho de su conversación con la señora Ana María, al terminar su sopa se levantó de la mesa y le dijo:

—Disculpe que coma y quiera irme. Tengo muchas ganas de conocer a mi abuelo.

—Indio comido, indio ido —dijo la Sra. Ana María con una risa.

—¿Perdón? —dijo Juan José confundido.

—Es una expresión que siempre utilizaba mi mamá y se me ha quedado después de tantos años. No te preocupes hijo, te deseo todo lo mejor. Solo me gustaría ver la cara del Patrón cuando te vea. Por favor dale saludos de mi parte. Le puedes decir que conociste a una de sus <<admiradoras>>.

La Sra. Ana María le indicó como llegar a una vereda que subía la colina al otro lado de Aguascalientes. Juan José le dio

las gracias por la sopa y saliendo, ella le sorprendió al chico cuando le acercó dándole un beso en la mejilla.

Le dijo a Juan José:

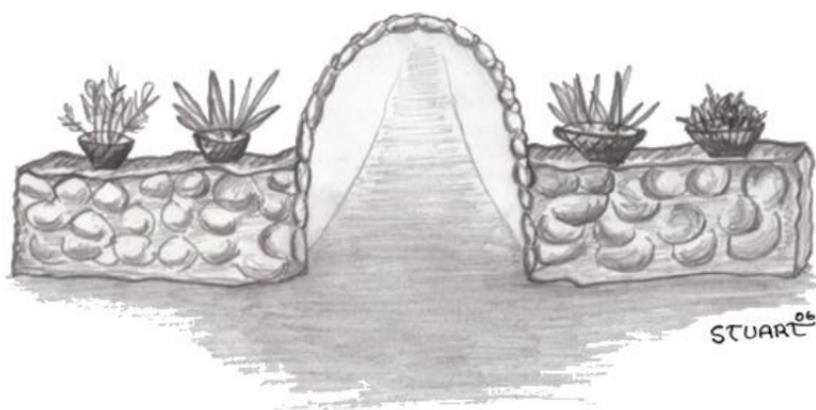
—Vaya con Dios.

Juan José le regaló una sonrisa de oreja a oreja y siguió su aventura.

El pueblo era pequeño y parecía que todos se conocían. Mientras pasaba por las calles angostas, la gente lo miraba con interés y lo saludaban cordialmente. Le pareció que las personas tenían mucho interés en saber de dónde venía y hacia dónde se dirigía. En este momento estaba ansioso de conocer a su abuelo, así que no quería detenerse para hablar con nadie.

Cuando llegó al otro lado del pueblo, tal como había indicado la Sra. Ana María, había una vereda que subía por una colina. Empezó a subir y le impresionó la belleza del lugar. La vegetación era densa y verde, cantaban los pájaros y volaban cerca de donde caminaba. Parecía que le estaban siguiendo en su aventura. Después de caminar por unos 20 minutos, justo como ella le había indicado, llegó a una entrada hecha de piedras. Sabía que había llegado a su destino y estaba ansioso por conocer a << el Patrón >>.

## XI. El Patrón



**A**l llegar, Juan José pulsó un botón al lado de la puerta y gritó:

—¡Buenas tardes!

Vio por encima de una cerca que llegaba a su cintura hecha de las mismas piedras de la entrada y no veía a nadie. La cerca parecía encerrar todo el terreno. Una casa pequeña y bien cuidada se situaba a unos diez metros de la entrada. Lo que más le impactaba de la casa era la pintura. Había notado que muchas de las casas en el pueblo estaban hechas de bloque y no estaban pintadas. Eso le recordaba de los barrios en el Distrito Capital donde vivía. Esta casa tenía una buena terminación y estaba pintada de azul, rojo y amarillo. Parecía una bandera.

Plantas con flores bordeando la casa producían una multitud de colores, mientras que un jardín bien cuidado adornaba su parte delantera. Árboles rodeaban el terreno y seguramente proveían una sombra maravillosa y deliciosa durante el día.

—Hola, buenas tardes, ¿alguien está allí?

Juan José todavía no veía a nadie. De repente sigilosamente apareció un señor por detrás de la casa. Por las canas y las arrugas en la cara, se veía que era un señor de edad avanzada, sin embargo, caminaba en forma recta, con firmeza en sus pasos. Sonrió y dijo:

—Muy buenas tardes. ¿A qué debo el placer de esta visita a esta hora tan espectacular del día? —preguntó el señor abriendo la puerta.

—Disculpe la molestia —contestó Juan José—. Estoy buscando al Sr. José Joaquín Sánchez.

—No busques más, hijo. Ya lo encontraste. Por lo menos la última vez que me miré al espejo yo era él. Me parece conocido. ¿Te conozco de algún lugar?

—No sé exactamente como decirle esto, soy su nieto, hijo menor de José María.

El Patrón se quedó paralizado momentáneamente. Juan José también se quedó sin moverse. Su abuelo tenía la misma altura que Juan José y sus ojos relumbraban en estos últimos instantes del atardecer, que indicaban que venía la noche. A pesar de sus años, no parecía tan frágil y delicado como muchos ancianos. Su cuerpo parecía fuerte, tenía una buena postura. Emanaba confianza y seguridad. De repente, Juan José encontró fuerzas, pasó por la entrada y extendió su mano. Se le acercó su abuelo, quien dijo:

—Prefiero un abrazo.

Se abrazaron y Juan José se sorprendió de lo fuerte que era su abuelo. Se quedaron allí abrazándose por lo que parecía una eternidad y que, en realidad, fue tal vez unos 15 a 20 segundos. Después quedaron mirándose. Su abuelo mantenía firmemente sus manos en los hombros de su nieto y le dijo:

—Por tanto tiempo he soñado con este día. Sabía que iba a llegar el momento que te conocería. He sabido de ti y de tus hermanos desde que nacieron. Tenía fe en que te iba a conocer y ya estás aquí.

Juan José notó que los ojos de su abuelo se aguaron y se llenaron con lágrimas de felicidad. Las gotas se aguantaron por ahí sin atreverse a bajar por las mejillas. Por su parte, Juan José estaba llorando como un bebé. Lágrimas de alegría se deslizaban por sus mejillas sin pena y sin vergüenza. Desde las manos de este señor especial pasó una especie de corriente que atravesó su cuerpo, tal como un rayo de luz.

—He deseado conocerle a usted por tanto tiempo —dijo Juan José con emoción.

—Perdone, ¿quién es usted?

—Disculpe, no entiendo —contestó Juan José confundido.

—Por favor Juan José, trátame con confianza, aquí no existe <<usted>> sino <<tú>>.

—Me parece extraño tutearle pero haré el intento.

—Ven conmigo, hijo —dijo el Patrón dando media vuelta y comenzando a caminar.

Juan José siguió a su abuelo. Bordearon la casa por debajo de un techo que sobresalía unos dos metros. Juan José veía más de cerca las flores que había visto desde la entrada que guindaban y crecían por todos lados. Cuando llegaron a la parte trasera de



la casa, vio un techo más largo que se extendía hacia el jardín. Había una mesa con cuatro sillas a su izquierda y dos sillas con una mesita pequeña en el centro del patio. El Patrón se sentó en una de las sillas al lado de la mesa más pequeña e indicó a Juan José que se sentara en la otra silla.

—Me estaba despidiendo del día cuando llegaste.

—¿Cómo se hace eso? —preguntó Juan José con curiosidad.

—Es una costumbre que comencé hace muchos años, ahora la podemos hacer juntos. He esperado tanto este día. Vamos a culminar este día maravilloso que te ha traído a mí lado.

Juan José se maravilló de la vista espectacular. El terreno era mucho más amplio de lo que inicialmente pensaba. Mirando hacia un lado se veía por donde llegó, y vio por donde venía el río que pasaba por el pueblo más abajo. Por el otro lado, vio que el sol estaba por desaparecer en el horizonte.

—Qué increíble se ve todo —dijo Juan José con emoción en su voz.

—Me encanta que te guste. Todas las tardes me encuentro aquí despidiendo el día, reflexionando sobre lo que hice durante el mismo y planeando lo que quiero hacer el día siguiente.

—En el Distrito Capital, muchas veces, ni siquiera me doy cuenta cuando se va el día hasta que ya se acabó —dijo Juan José

—Tampoco me di cuenta durante muchos años. Un buen día se me ocurrió dar la bienvenida al día levantándome con el sol por la mañana y despidiendo al día haciendo ejercicio con los últimos rayos del sol. Desde entonces mi vida tiene más significado.

—Tengo tanto que quiero contarte y preguntarte y no sé por dónde empezar.

—Tenemos tiempo Juan José. Primero vamos a tomar unos minutos para ver la puesta del sol y apreciar este momento. ¿Quieres acompañarme en la grama para hacer un poco de ejercicio o prefieres quedarte sentado aquí?

—Estoy muy cómodo aquí.

Su abuelo tomó una colchoneta que estaba en el patio, caminó a la grama, la colocó viendo hacia el sol, quitó la camisa y comenzó a moverse lentamente en unas poses extrañas.

Juan José lo vio con interés al principio y luego, se fijó en la puesta del sol como si fuera la primera vez. Al muchacho le parecía que el sol iba en cámara lenta y podía detectar el movimiento pausado que lo llevaba hasta su destino final. En pocos minutos desapareció el sol en el horizonte.

Cuando se fueron los últimos rayos del sol, Juan José observó a su abuelo de nuevo. Él tenía sus ojos cerrados y aparentaba estar en paz total. Juan José se maravillaba de este señor sentado en la grama. Por tantos años añoraba conocerlo y allí estaba en toda su gloria.

Esta persona que se conocía como el Patrón emanaba una energía increíble. Había un aura de calma y seguridad en él, que atraía a Juan José. Se sentía cargado de energía solamente al estar cerca de su abuelo. El Patrón abrió los ojos lentamente, se paró, colocó la colchoneta

en su lugar, caminó hacia Juan José y se sentó nuevamente a su lado.

—¿Que te pareció la salida del sol?

—Magnífico, me gusta esta forma de terminar el día. Tengo una pregunta.

—¿Cuál será hijo?

—¿Qué estabas haciendo con estas poses raras que hacías en la grama?

—Me imagino que debo parecer un loco —comentó el abuelo riéndose—. Estaba haciendo unos ejercicios de estiramiento y contemplación. Me los enseñó un amigo hace muchos años. Los he cambiado y modificado a través del tiempo para adecuarse a mi edad y condición física.

—En una de las posiciones parecía que estabas en un nudo. Me dio miedo que no pudieras desenrollarte.

—Cuando comencé los ejercicios, tampoco pensé que los iba a poder hacer. Con el tiempo mi flexibilidad ha mejorado.

—Ya veo —dijo Juan José asintiendo con la cabeza—. Tengo una duda, no sé cómo llamarle. Me han dicho que muchos lo llaman el Patrón y usted también es mi abuelo. ¿Cómo le gustaría que le llame? Perdón, mejor dicho, ¿cómo te gustaría que te llame?

—Siempre he querido que alguien me dijera, <<Tata>>. Me acuerda de mi abuelo. Siempre le decíamos Tata.

—Perfecto te llamaré Tata.

—¿Cuál fue la inspiración que te trajo para acá Juan José?

—¿Cómo sabías que fue una inspiración?

Su abuelo rió y dijo:

—Después de varios añitos en este mundo, me he dado cuenta que en muchos casos son momentos de inspiración que nos guían a hacer cosas fuera de lo normal y corriente.

—Efectivamente fue una inspiración. Perdí mi trabajo y conocí a un señor mayor. Me dijo que muchas personas lo llamaban Abuelito. Él compartió unas ideas conmigo que me hicieron pensar mucho.

—¿Cuáles fueron las ideas?

—Me explicó que todos tenemos un don, un por qué estar en este mundo. Me dijo que cada uno de nosotros tenemos que buscar nuestro don especial. Al principio, no entendí lo que me quería decir y todavía no sé exactamente como lo voy a encontrar. Lo que si me dijo es que debía hacer algo que siempre hubiese querido hacer. Yo siempre he querido conocerle a usted..., perdón a ti, Tata; y aquí estoy.

—Me parece espectacular que hayas tomado esa iniciativa y me alegra mucho que esa decisión te haya traído hasta aquí. Alguien me comentó algo muy parecido hace muchos años. Fue en aquel momento, en que decidí que podía hacer algo importante durante mi vida y que lo

podía lograr. Algo significativo, algo que haría una diferencia positiva en la vida de muchas personas.

—¿Y lo hiciste, conseguiste tu don especial Tata?

—Nunca lo había pensado en estos términos, aunque ahora que me preguntas, te diría que sí, creo que he conseguido mi don especial.

—¿Cómo lo encontraste? —preguntó Juan José.

—En mi caso, nunca fue algo que busqué, más bien fue algo que vino con el tiempo. Llegó disfrazado de adversidad, por unos problemas que teníamos que resolver aquí en Aguascalientes. Simplemente quería ser útil. A través de ese deseo se desarrollaron una serie de eventos que marcaron una gran diferencia en mi vida, y más importante, en las vidas de otras personas.

—Conocí a la Señora Ana María cuando llegué a Aguascalientes y me explicó un poco sobre esa historia. Por cierto, me dijo que te mandara muchos saludos. Me dijo que lo hiciera de parte de una de tus <<admiradoras>>.

—Nosotros tenemos una larga historia —dijo el Patrón riendo fuertemente—. Qué linda es Ana María, siempre me hace sentir como si tuviera veinte años. Es una buena amiga y valoro mucho su amistad.

—Parece que siguen habiendo unas chispas por ahí —dijo Juan José con una sonrisa de tremendo—. Nunca es demasiado tarde para comenzar un romance.

—Puede ser que tengas razón hijo. Ya soy viejo y aun así, no estoy muerto.

De repente Juan José arrugó la cara y con una expresión de confusión en su rostro, dijo:

—Estaba pensando en lo que hiciste aquí en Aguascalientes cuando eras joven. ¿Cómo puedo utilizar esta información para conseguir mi don especial?

El Patrón consideró lo que es la inocencia de los niños mientras formulaba su respuesta.

—La verdad es que no sé. Nunca he pensado en un don especial, como tal. Lo que sí sé, y te puedo decir con propiedad, es que todos tenemos que escoger nuestro propio camino. Uno de los errores más grandes que cometemos es tratar de seguir los pasos de otra persona.

Se quedaron quietos unos momentos, observando el jardín. Viendo a su nieto, el Patrón le dijo:

—Me encanta que hayas venido para acá y tengo algo que estoy seguro que te va a ser de utilidad en tu búsqueda. Sé que estás ansioso de encontrar tu propio camino. En este instante tengo mucha hambre. ¿Y tú?

—Yo comí hace poco con la Sra. Ana María. Aun así, siempre puedo comer. Mi mamá siempre me dice que no tengo ningún problema con la comida —dijo Juan José, luego con una mirada pícaro agregó—, como de todo y bastante.

El Patrón rió y todo su cuerpo se movía. Luego, se paró, entró a la casa y fue a la cocina, Juan José lo siguió. Mientras preparaba algo de comer, el Patrón comentó:

—Hace mucho tiempo que no hablo con tu papá, José María. De hecho si mi memoria no me falla, que ocurre

con frecuencia hoy en día, hace más de dos años que no sé nada de él.

—Efectivamente, hace unos dos años, él se fue a su trabajo y nunca regresó. Desde aquel entonces no sabemos nada de él —respondió Juan José.

Fue evidente la angustia en la cara del Patrón.

—Con razón que más nunca me escribió. Aunque nunca fuimos muy unidos, él me escribía de vez en cuando para mantenerme informado de ustedes. He estado preocupado por él. Tuve el presentimiento que algo malo había pasado.

—No sabemos si tuvo problemas con unos delincuentes de la cuadra o si conoció a otra mujer y se dio la fuga. Según mi mamá, él siempre le fue fiel a ella. Reconozco que por su parte, prefiere pensar que no fue otra mujer la responsable. Si estuviera vivo creo que hubiese hecho contacto por lo menos conmigo o con mis hermanos ya que siempre tuvimos una buena relación.

—Me parece muy extraño. Reconozco que mi hijo no era un santo. Él, como todos, tenía sus debilidades y sus fallas. También me parece raro que no les hubiese contactado si estuviera vivo. Por lo que me cuentas temo que algo malo le haya sucedido.

—Por mi parte, quisiera saber qué es lo que pasó —dijo Juan José—. Creo que si lo supiera, estaría mucho más tranquilo conmigo mismo.

—Tú mismo me dijiste <<nunca es demasiado tarde>>.

—Tienes razón Tata —responde Juan José con los ojos húmedos. Luego, después de secarlos con la manga de su camisa, comentó—. Hay algo que siempre me ha confundido.

—¿Qué será Juan José?

—No entiendo por qué mi papa saldría de Aguascalientes para ir al Distrito Capital. Ahora sé por qué tú fuiste tan importante en la historia de este pueblo y me parece que él hubiese tenido mayores oportunidades aquí en Aguascalientes que allá.

—Tal vez tengas razón Juan José. A su vez, Aguascalientes es solamente un pueblo. En una época era el centro de mucha actividad pero ya no. Nunca puede compararse con el Distrito Capital en términos de oportunidad. Hay una sola cosa que lamento con respecto a tu papá.

—¿Qué será Tata?

—Tú papá y yo tuvimos un desacuerdo cuando él se fue a vivir al Distrito Capital. Después de la discrepancia, pasaron muchos años hasta que lográramos resolver nuestras diferencias. Me hubiese gustado no ser tan terco en aquella oportunidad. Siento que hubiese podido ser más útil a tu papá y a ustedes cuando más me necesitaban. Me dijo que él quería hacer las cosas a su manera y a pesar de pensar que algunas eran incorrectas, lo dejé hacerlas. Hubiese querido ayudar más a tú papá.

—Está bien Tata, todos cometemos errores.

—Gracias Juan José. Lo que te he dicho me ha molestado durante muchos años y me ayuda hablarlo contigo.

El Patrón quería saber todo sobre la familia de Juan José. Hablaron sobre su mamá, sus dos hermanos José Gregorio y José Antonio; así como de su hermana María José. Por su parte, el Patrón le contó sobre la vida del papá de Juan José y cómo fue su niñez en Aguascalientes. Describió con tristeza el día que se había marchado al Distrito Capital en busca de su fortuna.

El Patrón explicó que con su esposa, María Esperanza, la abuela de Juan José, tuvo ocho hijos en total.

—¿Y mi abuela? —quería saber Juan José.

—Ella murió hace un par de años. Vivió una vida plena y extraordinaria. La extraño mucho aunque entiendo que a todos nos toca la muerte. No hay nadie que haya podido escapar de este mundo vivo. Sin embargo, yo quiero ser el primero.

Los dos rieron

—¿Dónde están tus otros hijos, Tata, mis tíos?

—Dos murieron poco después de haber nacido y los otros se fueron de Aguascalientes hace mucho tiempo. Dos emigraron a otros países y los otros cuatro se fueron a vivir a diferentes ciudades. Mi hija menor vive en Santa Fe y es la que vive más cerca. Tengo una excelente relación con ella y viene con mucha frecuencia a Aguascalientes con su esposo y mis nietos a visitarme. Me hubiese querido compartir más de las lecciones tan valiosas que he aprendido en mi vida con todos mis hijos y nietos.

—Como hemos estado hablando, nunca es tarde Tata. Puedes empezar conmigo —dijo Juan José sonriendo.

El patrón vio el entusiasmo de su nieto y dijo:

—Me encanta tu espíritu Juan José. Me haces recordar de mi juventud. Estoy muy ansioso de compartir algunas ideas contigo. Ha sido un día largo y ya es muy tarde. Mañana quiero darte algo de mucho valor para mí. He estado esperando el momento indicado y ahora me doy cuenta que al fin ese momento ha llegado.

Juan José vio a su abuelo con ojos inquisitivos. Fantasaba sobre lo que podía tener en mente su abuelo y se emocionó al pensar lo que quería darle tuviera tanto valor.

El Patrón le mostró una habitación pequeña con una cama, una mesita y un lugar para guardar la ropa.

—Siempre tengo esta habitación lista para visitas. Me encanta que estés aquí conmigo Juan José. He pensado mucho en ti. Por lo que me has dicho, estoy seguro que te voy a dar podría ser útil en tu objetivo de conseguir tu don especial. Me daría mucha felicidad ser de apoyo con tú búsqueda. No hay nada más gratificante que sentirse necesitado y más cuando uno ya está viejo y siente que mucha de su vida ya ha pasado.

Se dieron las buenas noches con un abrazo. Juan José fue al baño, se lavó, cepilló los dientes y regresó a su habitación. Entró en la cama y se cubrió con una cobija que parecía estar hecha de nubes. Era suave, liviana y confortable. La almohada igual estaba exquisita y se quedó dormido casi al mismo momento en que su cabeza la tocó.

## XII. El Regalo



**A**l día siguiente, Juan José se despertó y vio por la ventana la luna creciente en el horizonte. Todavía estaba oscuro y le impactó la belleza de la luna que estaba rodeada de estrellas brillantes. Se quedó viendo el espectáculo por algunos momentos, pensando en lo que había ocurrido durante los últimos días. Le pareció increíble que estaba, por fin, en casa de su abuelo, conociéndole por primera vez.

Cuando el cielo se empezó a aclarar, se levantó, fue al baño, y luego consiguió a su abuelo haciendo los mismos movimientos extraños del día anterior, pero esta vez en el jardín delantero de la casa. Como estaba muy concentrado en lo que hacía, Juan José se sentó en una silla que encontró a un lado para verlo. Fue testigo del amanecer repleto con unas nubes que fueron cambiando de color. Al principio eran un gris oscuro,

después se vistieron de morado y rosado. A los cinco minutos, se había acabado el show y las nubes contrastaban blancas con el azul del cielo.

—Buenos días —dijo el Patrón con entusiasmo cuando vio al muchacho.

—Buenos días Tata. Parece que estás haciendo los mismos movimientos que anoche. Sólo que ahora los estás haciendo mucho más rápido.

—Me imagino que igual que anoche te debo parecer un poco loco, aquí por la mañana descalzo y sin camisa. Es mi forma de dar la bienvenida al día, con una serie de movimientos para estirarme.

—¿Lo haces todos los días?

—Sí, todos los días. Me he dado cuenta que para mí, es la mejor forma de comenzar el día. Me imagino que debes tener hambre, ¿verdad?

—Siempre hay que aceptar comida, rechazar una oferta de comida puede ser malo para mi salud.

—Eres gracioso Juan José —dijo el Patrón sonriendo.

El Patrón se puso la camisa y unas sandalias acercándose a Juan José, quien se paró de la silla.

—Es increíble tenerte aquí conmigo —le dijo mientras colocaba la mano en el hombro de su nieto.

El muchacho sintió la fuerza de la mano de su abuelo de nuevo y una vez más le pareció que una corriente de energía fluía desde su abuelo hacia el hombro.

Los dos dieron una media vuelta y entraron a la casa caminando abrazados por los hombros. Mientras preparaba el café y un desayuno ligero los dos hablaban. La conversación fluía

como pasa un río por piedras lisas. A Juan José le encantaba estar con su abuelo. Estando con él, percibía una paz y tranquilidad que jamás había experimentado. La presencia de su abuelo inspiraba respeto y deferencia. También al muchacho le pareció ser una persona abierta y sencilla. Tal vez, lo que más le impresionaba a Juan José era la manera en que su abuelo escuchaba todo lo que decía. Cuando el Patrón escuchaba, Juan José sentía como si toda su atención se centraba en cada palabra, en cada sílaba. Pensaba en otras personas que solamente esperaban una apertura para intervenir con sus opiniones e interrumpir. Su abuelo esperaba que terminara de hablar y después tomaba una respiración, contemplando lo conversado antes de decir algo. Sin lugar a dudas, lo que venía de la boca del Patrón eran perlas de sabiduría.

Después de comer y fregar los platos, el Patrón indicó la puerta trasera y dijo:

—Ve al jardín. Ya te alcanzo, tengo que buscar algo.

Juan José salió al jardín en la parte trasera de la casa y se sentó en una de las sillas donde habían visto la puesta del sol el día anterior. Ahora con la luz del día, miró con ojos nuevos todas las plantas en el jardín. La noche anterior no pudo distinguir la gran variedad que había, algunas tenían flores de muchos colores distintos y otras tenían vegetales que pesaban en sus ramas. El pasto que comenzaba donde terminaba el patio, era verde y denso.

Juan José se quitó los zapatos y caminó sobre el pasto para sentir su suavidad en sus pies. El pasto, que parecía una alfombra suave, le picaba los pies ligeramente cuando caminaba sobre él. Sintió la frescura del rocío entre sus dedos. Cerró los ojos y percibió distintos olores que venían del jardín con la brisa que los traía en olas ligeras. El olor de las flores, de la

grama mojada y, de repente, el olor del café. Abrió los ojos y su abuelo le extendía una mano con una taza de café.

—¿Tomas café hijo?

—Claro, a mí me encanta.

Juan José tomó la taza pequeña que había producido ese olor tan rico.

Los dos regresaron a las sillas y colocaron sus tazas de café en la mesa. El Patrón sacó un libro pequeño de su chaqueta. La portada del libro era de cuero y por el desgaste aparentaba ser muy viejo. Lo mantenía en sus manos, mientras hablaba con Juan José:

—Hace más de sesenta años tuve una conversación con mi abuelo, que me cambió la vida. Él destacó la importancia de tener iniciativa en la vida. Al principio no entendí lo que me quería decir con la palabra <<iniciativa>> y más aun, no sabía que tenía que ver con mi vida. Me explicó que la gran mayoría de las personas en este mundo son seguidores y que muy pocos son líderes. Me aclaró que las personas que logran hacer cosas importantes en sus vidas son precisamente las que toman iniciativa y las crean cambios. Según mi abuelo, éstas son las personas más respetadas y admiradas en una comunidad y, aunque no siempre es el caso, suelen ser los líderes de la comunidad. Las decisiones que toman inician procesos importantes para el bien común. Aunque no siempre son populares, estos cambios y acciones definen una sociedad.

—¿Tiene algo que ver con no sólo tomar decisiones sino acciones?

—Es correcto, Juan José, veo que además de tener un buen parecer, también eres inteligente.

—¿Qué más aprendiste de tu abuelo?

—Ahora te cuento más, pero primero quiero comentarte que mi abuelo también se llamaba Juan José, ¿sabías eso?

—Mi papá me dijo que mi nombre venía de otra persona en la familia. La verdad es que se me había olvidado de dónde venía.

—Mi abuelo —siguió el Patrón—, era una persona muy estudiosa. Leía mucho más de lo que puedes imaginar. Él tenía una buena relación con todos los vendedores que venían a Aguascalientes y siempre pedía que le trajeran libros. Para él, la educación era primordial. Muchos lo conocían como una persona increíblemente inteligente, lo que no era tan conocido es que a él también le gustaba escribir. Solía mantener un diario de sus pensamientos y escribía sobre muchos diferentes tópicos todos los días.

—¿El libro que tienes en tus manos es uno de sus diarios?

—Este libro era para mi abuelo su tesoro más valioso —dijo el Patrón pasando sus manos suavemente encima del cuero del libro—. Es un resumen de los pensamientos que él consideraba ser los más importantes para vivir una vida plena y productiva.

—¿Será que la respuesta para encontrar mi don especial estará dentro de este librito? —Juan José preguntó emocionado.

El patrón vio los ojos de Juan José y contempló las circunstancias que habían traído a su nieto a estar con él hablando de este tesoro que su abuelo le había dado hace tantos años.

—Es probable que estas palabras sean una parte importante de tu búsqueda Juan José. Son palabras que a pesar de haber sido escritas hace mucho tiempo, tienen un significado tan importante hoy, como tenían hace más de sesenta años cuando fueron escritos. El librito me ha acompañado durante casi toda mi vida. Lo he guardado siempre sobre la mesa de no-

che, al lado de mi cama, y he leído sus páginas cada noche antes de dormirme. Muchas personas me han elogiado durante mi vida por mi visión y mi capacidad de lograr hazañas importantes, y la verdad es que todos mis éxitos se los atribuyo a este librito, que me ha guiado en las buenas y las malas.

El Patrón tomó una pausa y vio que Juan José estaba pendiente de cada palabras que decía.

—De la misma forma que mi abuelo me dio el libro, yo te lo quiero dar Juan José pero si lo quieres, viene con una condición y con una responsabilidad.

El señor estaba quieto un momento y luego dijo:

—Mi abuelo me propuso lo mismo cuando me dio el libro hace tantos años. ¿Estás dispuesto a aceptarlas?

—Veo que tu las aceptaste, abuelo.

—Sí, Juan José, las acepté y nunca las olvidé.

—¿Cuál es la condición? —preguntó Juan José frunciendo el ceño.

—Me pidió que leyera una de las siete reflexiones del libro cada noche. Verás que son breves, y solo requiere de dos a tres minutos para leer cada una.

—¿Esto es todo? No me parece tan difícil —dijo Juan José sorprendido que no fuera algo más complicado o difícil.

—Es muy sencillo. Las cosas más importantes en la vida frecuentemente son muy sencillas, aunque no siempre las más fáciles. Lo más importante es formar el hábito de leerlo todas las noches. Los dos a tres minutos que pasas leyéndolo cada noche pueden cambiar tú vida.

—¿Y cuál es la responsabilidad? —preguntó el muchacho.

—La responsabilidad es integrar los principios en de tu vida y compartir la sabiduría de las palabras con tus propias acciones porque la mejor forma de enseñar a los otros es siendo un buen ejemplo.

—Haré las dos cosas Tata, tanto la promesa como la responsabilidad, te lo prometo. ¿Puedo preguntarte algo?

—Por supuesto, hijo.

—¿Por qué nunca has dado el libro a otra persona? ¿Por qué me lo estás dando a mí ahora?

—Es una buena pregunta. Hay muchas personas que se han beneficiado de las palabras escritas en este libro, porque he compartido libremente sus enseñanzas. Tenía que cumplir con una última promesa que me abuelo solicitó al darme el libro.

—¿Cuál será? —preguntó Juan José.

—Mi abuelo me dijo que compartiera el mensaje con todos pero que sólo debería dar el libro a alguien que estuviera en la búsqueda de su destino en este mundo. A una persona que quisiera saber la razón del por qué estaba aquí en el planeta. Cuando me dijiste anoche que estabas buscando tu don especial, inmediatamente supe que tú eras la persona indicada.

Los dos se quedaron en un silencio mientras que Juan José digería lo que le estaba diciendo su abuelo sobre la procedencia del libro.

—Tengo una idea —dijo el Patrón.

—¡Dígamelo cantando! —respondió Juan José cantando las palabras.

El Patrón empezó a reír tan duro que se dobló en su silla y se le aguaron los ojos. Juan José también empezó a reír sin saber exactamente por qué estaban riendo.

—¿Qué te pareció tan chistoso Tata? —preguntó Juan José cuando se pararon de reír.

—Tú papá, José María, siempre me decía lo mismo. Yo siempre le contestaba cantando, y él se privaba de la risa. Por eso que me pareció tan divertido escucharte decir la misma expresión.

Ahora fue el Patrón que cantó sus palabras mientras se levantaba de su silla:

—Mi idea, y me petición, es que leas las páginas de este tremendo tesorito que viene de tu tatarabuelo, mientras que yo juego en mi jardín.

Juan José también se paró y el Patrón se extendió sus manos con el libro, ofreciéndolo al chico. Juan José tomó el libro de su abuelo con reverencia y respeto sabiendo que tenía mucho valor para él. Al tocar el cuero suave y desgastado sintió una sensación increíble y muy parecida a lo que sentía de las manos de su abuelo.

El Patrón se excusó caminando hacia el jardín. Juan José se sentó de nuevo abriendo el libro a la primera página. En letras escritas a mano decía simplemente:

## ***Reflexiones***

***Por: Juan José Sánchez***

La letra era elegante y le hizo recordar de una invitación que su familia recibió en una oportunidad para un matrimonio. Juan José pensó en las palabras que bailaban por las páginas en el libro. Imaginó a su tatarabuelo sentado al lado de una vela, en la noche mientras escribía las palabras. Estaba en una cápsula de tiempo y sintió que de cierta forma su tatarabuelo estaba ahí mismo en ese mismo lugar, y en ese mismo momento, mientras Juan José leía sus palabras. La hermosura del jardín lo absorbió y lo aisló mientras que cada sílaba resonaba en su mente mientras leía.

### **XIII. Reflexiones**



Dedico este libro a mi nieto José Joaquín, quien a través de los años ha demostrado una curiosidad por la vida y el mundo maravilloso en el cual vivimos:

**A**cción (lunes / azul)

**C**onfianza (martes / verde)

**T**enacidad (miércoles / naranja)

**I**niciativa (jueves / amarillo)

**T**olerancia (viernes / morado)

**U**tilidad (sábado / turquesa)

**D**eseo (domingo / rojo)

## Introducción

**E**ste pequeño libro no pretende dar todas las respuestas de la vida, sino formular unos principios que ayuden a crear una vida más plena y productiva. Estos principios se derivan de experiencias, aprendizajes y momentos vividos. Todos son elementos que permiten vivir en paz con uno mismo y el mundo que nos rodea.

Cada principio puede ser leído en un lapso de dos a tres minutos. La mejor forma de beneficiarse de este pequeño volumen es desarrollar el hábito de leer un principio cada noche. Son siete principios que pueden corresponder a cada día de la semana y cada una con un color que le representa. Leer los principios antes de dormir permite que la mente se eleve y reflexione sobre las palabras durante la noche. Los mensajes se incorporarán al ser para vivir una vida más plena y productiva.

Integrar cada principio en nuestra vida nos permite obtener y mantener una excelente actitud positiva, el ingrediente más importante para disfrutar esta aventura que llamamos vida. Una actitud entusiasta y positiva es clave para lograr cualquier objetivo que deseemos.

Nuestra actitud genera un efecto exponencial en nuestras vidas. Una excelente actitud positiva nos proporciona la fuerza necesaria para enfrentar y superar los retos, problemas y desafíos que se nos presentan a diario. En cambio, una actitud negativa entierra nuestros pensamientos, absorbiendo la fuerza necesaria para hacerles frente. Tanto en lo positivo como en lo negativo nuestra actitud crea nuestra expectativa hacia la vida.

Uno de los desafíos más grandes que enfrentamos es mantenernos positivos en situaciones difíciles. De la misma manera que un árbol necesita el viento para crecer fuerte y sano, nosotros necesitamos retos, problemas y desafíos para fortalecernos y progresar.

Son los momentos arduos y difíciles los que definen nuestro carácter. Cuando vemos una circunstancia difícil como un desafío, nuestra forma de asumirla cambia. La vemos con una perspectiva de vencer, conquistar y superar. Aprendemos de situaciones difíciles y podemos integrar lo aprendido en nuestro día a día para mejorar nuestro paso en la vida.

Contemplamos siete reflexiones en este pequeño volumen. Cada reflexión nos permite obtener y mantener una actitud maravillosa. Al encontrarse con una situación compleja, estas palabras pueden servir como guía. Formar el hábito de leer una de estas reflexiones cada día, nos permite integrar las palabras en nuestras vidas. Son nuestros hábitos y rutinas los que crean nuestro ser. Un día tiene 1.440 minutos. Dedicar dos minutos al día para la lectura de estos principios antes de dormir cada noche, convierte estas reflexiones en realidades.

Construye una vida repleta de lo que requieres para vivir una vida plena y productiva leyendo una reflexión por día para que siempre tengas una excelente actitud.

## Acción

**T**omar acción es esencial para lograr nuestras metas y nuestros objetivos. Sin acción las oportunidades de la vida se quedan botadas y abandonadas en el camino.

Intenciones e ideas sobran. Como seres humanos nuestra mente nunca se detiene de pensar, imaginar y crear. Constantemente estamos en la búsqueda de algo mejor. La diferencia entre los actores y los espectadores en el teatro de la vida es la acción.

El camino hacia cualquier objetivo comienza con el primer paso. Antes de arriesgarnos con cualquier idea, analizamos y consideramos las alternativas y las consecuencias. Es un ejercicio lógico y deberíamos ser prudentes en lo que hacemos. Aun así, demasiado análisis produce parálisis.

Tomar control de nuestro futuro implica tomar acción hoy y erradicar el mal hábito de dejar lo que podemos hacer hoy para mañana. Lo que dejamos para mañana también podrá ser postergado para otro día. Cada día que pasa sin tomar acción sobre lo que más deseamos nos aleja de nuestros objetivos como si fuéramos un velero sin destino. El mejor momento de efectuar cualquier cambio positivo hacia nuestro futuro es ahora.

El momento más intenso de nuestra vida es este instante. Lo que pasó ayer y lo que vendrá mañana nunca se puede comparar en intensidad con este instante. Mañana es un sueño y ayer un acontecimiento. Lo único que tenemos seguro es el ahora. Lo que dejamos de hacer en este momento podrá quedar incompleto para siempre.

Es fácil darse cuenta de lo que debemos hacer. En muchos casos sabemos exactamente lo que tenemos que hacer y los pasos a tomar, lo difícil es tomar acción y hacerlo.

Por naturaleza tenemos miedo al fracaso. La posibilidad de fracasar es uno de los factores que nos frena en el instante de tomar la acción. El fracaso en sí, es relativo. Las personas que han tenido mucho éxito en la vida también suelen ser personas que han enfrentado muchos fracasos. El fracaso y el éxito están interrelacionados. Aquellos que se arriesgan a fracasar son los que tienen más posibilidades de lograr altos niveles de éxito.

Los errores que cometemos nos permiten ajustar nuestro camino para asegurar que lleguemos a nuestros objetivos. Hay muchas vías por las cuales se llega al éxito y no hay una que sea igual para todos. Es importante que busquemos nuestra propia dirección. Lo que funciona para uno podría ser un desastre para otro. Lo esencial es emprender un camino. Mañana traerá cualquier trayecto aunque no necesariamente se dirigirá al lugar donde deseamos estar.

La vida es una caminata incierta determinada por acontecimientos peculiares que crean nuestra dirección y nuestro destino. Cultivar el hábito de tomar acción fortalece nuestro carácter, aumenta nuestra confianza y nos permite escoger nuestro camino.

Nuestra habilidad de crear y crecer se concreta con la acción que tomemos hoy. No es lo que sabemos, es lo que hacemos con lo que sabemos lo más importante.

## Confianza

**L**as personas que logran éxito personal y profesional tienen mucha confianza en sí mismos. La confianza se puede desarrollar a través de la experiencia, la preparación, la perseverancia y una actitud positiva.

Entre más experiencia tengamos, más confianza lograremos. Cuando hacemos algo por primera vez es probable que no tengamos tanta confianza, a pesar de poder poseer las herramientas necesarias para efectuar el trabajo. Después de realizar la tarea varias veces, nuestra confianza aumentará.

Se piensa que la experiencia viene solamente con el pasar del tiempo. El tiempo es un gran profesor, y sin duda, aprendemos de él. Lo que no es tan evidente es que nosotros podemos energizar nuestra experiencia hoy para crear más confianza mañana.

Cuando tomamos riesgos, salimos de la rutina y hacemos algo extraordinario; nuestra experiencia se incrementa inmediatamente. Entre más arriesgados seamos, más experiencia ganamos. Podemos dejar que el paso del tiempo sea el maestro de nuestra experiencia o podemos dar impulso a nuestra experiencia cada día con acción e intención.

La preparación es otro elemento fundamental para adquirir más confianza. Cualquiera que sea el objetivo, podemos tomar acción para estar más preparados. La preparación toma tiempo, trabajo y constancia. El resultado se manifiesta en más altos niveles de confianza y éxito.

Lo más fácil es entrar en una situación y acudirnos a lo que ya sabemos para manejar cualquier problema que surja. Cuando nos toca asumir una misma situación con un alto grado de preparación, lo hacemos con la confianza necesaria no

sólo para manejar, sino influir en el proceso y lograr el objetivo deseado.

Tener perseverancia es otro componente que aumenta nuestra confianza, ya que está estrechamente interconectada con el logro. Cuando perseveramos, logramos nuestros objetivos y mejoramos nuestra confianza. Lo opuesto también es cierto. Si nos damos por vencidos, nuestros objetivos jamás serán alcanzados y nuestra confianza es derribada.

Cuando perseveramos ante las dificultades que se pueden presentar a lo largo de la vida, aseguramos nuestra confianza y nuestro éxito.

El factor más importante para poseer un alto grado de confianza es mantener una excepcional actitud positiva. El efecto de la actitud es exponencial, tanto en lo negativo como también en lo positivo.

Una excelente actitud positiva nos permite lograr nuestros objetivos a pesar de la falta de experiencia, preparación o perseverancia. En cambio, una actitud negativa nos inhibe avanzar aunque tengamos todos los componentes anteriores; ya que la confianza y la actitud son inseparables.

Nuestra confianza es evidente tanto en nuestra forma de ser como en la energía que reflejamos. Confianza con humildad atrae oportunidades y circunstancias que nos llevan a lograr nuestras metas y nuestros objetivos.

## Tenacidad

La tenacidad es nuestra capacidad de seguir en un trabajo o en una tarea hasta lograr los resultados deseados. Nuestra persistencia es vital para lograr lo que deseamos.

Obstáculos y dificultades aumentan nuestra inclinación de darnos por vencido. Impedimento e inconveniencia determinan nuestro carácter y definen nuestro camino. Nuestra reacción a la adversidad crea poder o fomenta vulnerabilidad. Enfrentar un problema con tenacidad implica percibir dificultades como desafíos y no como obstáculos.

En la naturaleza, la perseverancia y la persistencia siempre ganan. Un río no tiene concepto del tiempo. Si toma un día, un mes o un siglo para sobrepasar un obstáculo, sigue en su cauce. No se obstina al ser desviado y no se queja porque es demasiado dificultoso. Simplemente sigue, a pesar de los impedimentos encontrados.

Podemos aprender mucho del río que se adhiere a su cauce. Lo que ocurre en la vida no es ni bueno ni malo, sino simplemente es. Interpretamos a los eventos dependiendo de nuestra experiencia y nuestro punto de vista. Al analizar los instantes más bellos que hemos vivido, nos daremos cuenta que frecuentemente ocurren después de momentos complicados. En estos casos, la tenacidad es lo que nos lleva a tener experiencias más intensas e inspiradoras.

La tenacidad en el trabajo puede ser la diferencia entre lograr éxito y tener que buscar otro oficio. Todo es difícil antes de ser fácil. El maestro carpintero tiene que aprender y cometer errores para elevar su nivel. El aprendiz observa, escucha y practica antes de tener la habilidad de crear una obra maestra.

El interés de aprender de cada situación nos permite ser más tenaces. Cuando vemos un problema como una oportunidad para aprender, el objetivo cambia y el propósito se convierte en un reto a lograr. No envejecemos por edad sino por espíritu y nos mantenemos jóvenes mientras estamos creciendo y aprendiendo.

La tenacidad no es innata sino aprendida. Se aprende a ser tenaz con los éxitos y los fracasos. Cuando dejamos una tarea, aprendemos a darnos por vencidos; cuando perseveramos, aprendemos que la tenacidad paga dividendos extraordinarios.

La educación, el conocimiento y la inteligencia contribuyen a nuestro éxito. Si no agregamos el ingrediente de tenacidad nos quedamos cortos de lo que deseamos. Para lograr nuestros objetivos es imprescindible tener la fuerza de voluntad de persistir aun en las situaciones más difíciles.

La tenacidad nos permite utilizar la totalidad de nuestros recursos para lograr nuestros objetivos, a pesar de los obstáculos que crean desvíos en el camino.

## Iniciativa

**P**ara lograr nuestros objetivos hay que tomar iniciativa para aprovechar de cada una de las oportunidades que se nos presenta. Para efectuar cambios tenemos que crear e iniciar el proceso. Es la iniciativa lo que da comienzo a las obras más gratificantes en nuestras vidas.

Tener ideas, sueños y metas no es suficiente. Una persona que toma la iniciativa para resolver un problema tiene más valor que mil que solamente tienen la intención de hacerlo.

La iniciativa viene a través de un deseo ardiente de realizar un cambio o llevar a cabo un objetivo. El hambre, el deseo sexual y la necesidad de sobrevivir tienen en común una presión que actúa sobre nosotros y nos conduce a tomar acción. Para sentirnos bien debemos resolver la tensión que se manifiesta dentro de cada uno de nosotros. La iniciativa es la mejor respuesta a esta sensación que todos experimentamos.

Cuando tenemos hambre, buscamos alimentarnos. Cuando sentimos deseo sexual, tenemos que encontrar una vía de escape. Cuando estamos en una situación de peligro es necesario encontrar una salida que nos mantenga a salvo.

La iniciativa que satisface necesidades biológicas se manifiesta naturalmente. La iniciativa que precisamos para avanzar en el área profesional y personal es más elusiva. Suele ocurrir que la presión que sentimos para iniciar una nueva actividad o emprender un nuevo camino es más sutil y suave.

Buscamos placer y evitamos dolor. Empezar algo nuevo, frecuentemente, es asociado con dolor. Este dolor se presenta cuando estamos fuera de nuestra zona de comodidad y por estar expuestos a la posibilidad de fracaso.

Toda decisión que tomemos en la vida tiene sus consecuencias, algunas positivas y otras negativas. La única certeza es que la decisión de no hacer nada, nos dirige hacia la mediocridad.

Tomar iniciativa implica asumir riesgos, salir de la comodidad y lanzarse al vacío con un plan de acción. Asumir esta actitud puede ser un arma de doble filo. Es probable que tengamos amigos y familia que busquen la comodidad y la facilidad. Estas mismas personas son nuestros críticos más fuertes cuando comenzamos a salir de los parámetros preestablecidos.

Tener la fuerza y la voluntad de seguir nuestro propio camino y de tomar riesgos medidos, es imprescindible si deseamos volar como las águilas en vez de arrastrarnos por el piso.

Es esencial contar con el asesoramiento de aliados que nos inspiran e inducen a tomar iniciativas, así como también comunicarnos con aquellos que comparten nuestra visión y nuestro deseo de dedicarnos a proyectos significativos. Por el contrario, es prudente guardar nuestras iniciativas y nuestros anhelos con mucha cautela frente a las personas que no comparten nuestra visión.

Nuestro poder creativo es único. Nuestra capacidad de idear, imaginar y establecer nuevos caminos es extraordinaria. Confianza en nuestras habilidades y la iniciativa de tomar acción alimenta nuestra energía creativa.

## Tolerancia

**H**ay elementos que podemos controlar y elementos que están fuera de nuestro alcance. Es esencial influir y cambiar lo que está dentro de nuestro poder y tolerar aquello que se nos escapa de las manos.

Muchos nos preocupamos por el clima. Nos conviene estar pendiente de los cambios climáticos para lograr más control sobre nuestras actividades, aun así no podemos cambiarlos. En vez de dejar que elementos desconocidos influyan sobre nuestro proceder, como es el caso del clima, es preferible ajustar nuestra actitud de acuerdo a factores que sí están dentro de nuestro control.

Somos dueños de nuestra actitud y tenemos el poder de establecer una buena o mala actitud todos los días. Utilizando el ejemplo anterior, es fácil culpar al tiempo por nuestro humor. Sin embargo, no importa si hay sol o lluvia, podemos estar contentos y satisfechos en ambas situaciones.

Nuestra capacidad de tolerar lo que no podemos influir, nos libera de la obligación que muchos sienten de cambiar el entorno. Somos participantes y a su vez, no responsables por lo que ocurra en nuestro alrededor. En muchos casos, la situación es como es y es imposible cambiarla. Darnos cuenta de este simple hecho nos permite tener más paz y tranquilidad.

De la misma manera, hay situaciones donde podemos influir positivamente sobre nuestro entorno. Tenemos el gran placer de poder cambiar y ajustar el mundo que nos rodea. Tomar la iniciativa y acción para efectuar un cambio positivo es una de las experiencias más bellas que podemos tener. Nos enriquecemos al aprovecharnos de estas oportunidades cuando se presentan. Por otra parte, el saber que no todo lo po-

demo cambiar nos anima a enfocarnos en aquello que sí está dentro de nuestro poder para modificar.

Habrán personas que pensarán de una forma distinta que la nuestra y seguirán otra visión del mundo. En vez de tratar de convencerles que tenemos razón, podemos escucharles atentamente y así entender cuál es la razón por la que piensan de una u otra manera. La tolerancia implica que otra persona puede tener una opinión que difiere de la nuestra sin que sintamos la necesidad de persuadirla de que está equivocada.

La tolerancia nos conduce a escuchar más y hablar menos. Generalmente, nos encanta hablar sobre nosotros mismos. Cuando escuchamos completamente a otra persona sin juzgarla o criticarla, le concedemos un regalo extraordinario.

La muerte, la enfermedad y la injusticia son elementos difíciles de comprender. No obstante, podemos influir sobre la intensidad, frecuencia y duración de muchos factores desagradables en nuestras vidas; y es beneficioso dar nuestro mejor esfuerzo para fluir con ellos sabiendo que el tiempo permite sanar las heridas por más profundas que sean.

Cuando toleremos y aceptemos aquello que no podemos cambiar, nos energizamos con fuerza para actuar sobre lo que sí está dentro de nuestro poder de influencia.

## Utilidad

**E**s casi imposible vivir aislado del mundo. Es importante y necesario interactuar con otras personas. Nuestro éxito y felicidad dependen de la aptitud que tenemos de relacionarnos con otras personas. Nuestra habilidad de ser útiles hacia las necesidades de otras personas establece nuestra capacidad de lograr metas y objetivos.

El fin de cualquier profesión es ser útil a otras personas. El médico utiliza su conocimiento del cuerpo humano para sanar a las personas. El carpintero utiliza sus manos para construir casas y muebles para que la vida sea más placentera.

Entre más útiles seamos, más éxito tendremos. Cuando damos, recibimos, es una ley infalible. La compensación que recibimos en la vida es el resultado del servicio que prestamos. Entre más servicio damos, más beneficio recibimos, tanto en lo monetario como en lo espiritual.

Hay una gran diferencia entre ser servil y dar servicio. Ser servil implica doblegarse ante los demás y actuar de forma tímida y vergonzosa. Al contrario, prestar servicio es dar beneficio y asistencia a otra persona. La percepción que uno es servil cuando presta un excelente servicio es completamente equivocada.

Las personas más reconocidas en el mundo son aquellas que han descubierto una forma de compartir su conocimiento y su sabiduría. Ellos tienen un impacto duradero sobre la humanidad. El sabio que no comparte su inteligencia, tiene el mismo valor en la sociedad que una persona que no sabe nada.

Cuando compartimos nuestras habilidades con el mundo, recibimos una compensación extraordinaria. Ser útil y dar

servicio son los pasos más seguros para llegar al destino deseado.

Todo lo que hacemos está relacionado directamente o indirectamente con el arte de la venta. Estamos constantemente vendiendo la idea que somos buenas personas y que merecemos el amor y el respeto de los demás. También vendemos bienes y servicios, para así poder adquirir lo que nosotros necesitamos y queremos.

Cuando vendemos a través del engaño y la decepción, puede ser que logremos nuestro objetivo temporalmente. Es posible alcanzar un objetivo a través de la mentira. Inicialmente, puede parecer el camino correcto, sin embargo cosechamos lo que sembramos. Lo más común es que estrategias de fraude fallen y caigan como un castillo de naipes. Mientras tanto, oportunidades abundan para los que son transparentes y honestos.

Solemos buscar aquellas relaciones que nos causan una sensación de placer. Aquellas personas que transmiten una actitud de servicio y utilidad son las que reciben las riquezas que ofrece la vida. Son las que son respetadas y las que son buscadas en tiempos de crisis.

Ser útil a nuestra familia, a nuestros amigos, a nuestros compañeros y a la humanidad nos conduce a obtener lo que deseamos. Tan cierto como el día sigue a la noche, el éxito y la felicidad son productos de una actitud de utilidad y servicio.

## Deseo

**E**l deseo nos inspira a establecer metas y objetivos. Cuando creemos que nuestros deseos son alcanzables, creamos el poder para lograrlos.

Las decisiones que tomamos hoy determinan nuestro destino mañana. Estas decisiones son el resultado de nuestros deseos y nuestros objetivos. Sin una dirección fija, somos como un velero en la alta mar sin timón; llegaremos a un destino aunque no necesariamente al que queremos.

Para tomar control de nuestro destino es imprescindible tener una idea concreta sobre nuestro objetivo. Cuando este objetivo se convierte en una pasión ardiente, nos impulsa a tomar las acciones necesarias para lanzarnos en la dirección deseada.

Las limitaciones en la vida son medidas por los deseos. Es imposible llegar más allá de lo que podemos desear y soñar. Nuestra dirección se define por nuestra aspiración. El temor de desear demasiado por el miedo de fracasar en el intento es natural. Sin embargo, es mejor intentar y fracasar que nunca haber intentado.

El fracaso solamente es un desvío temporal en el camino de la vida. Es una piedra que estorba momentáneamente y que eventualmente llega a ser una memoria distante.

La visualización es una herramienta poderosa que da sustancia a nuestros deseos y sueños. La visualización nos lleva a lo desconocido y a lo conocido. Es posible imaginar lo que hemos querido y nunca logrado como también lo que ya conocemos. La mente tiene el poder de crear y producir imágenes increíbles y claras que facilitan la formulación de un plan de acción.

La clave de utilizar positivamente el deseo, la imaginación y la visualización es aterrizarlos después del vuelo y crear un plan de acción que nos permite acercarnos al destino que deseamos.

Mantener una excelente actitud genera deseos claros y concisos. Tener objetivos concretos crea una razón contundente para vivir. Cuando nuestros deseos se disipan, es el momento apropiado de pensar en cómo vamos a salir de esta realidad que llamamos vida a otra realidad que aún es desconocida.

Desear algo con todo el corazón es la mejor forma de mantenernos jóvenes de espíritu y cuerpo. Mientras estamos encaminados hacia un objetivo, no tenemos tiempo de reflexionar sobre lo que hubiese podido ser. Lo que pasó ayer es un sueño, lo que vendrá mañana, una promesa y lo que tenemos hoy, una certeza. Los deseos y los sueños que creamos hoy nos dan el porqué levantarnos mañana para vivir y abrazar otro día. Este instante es el momento más intenso de nuestra vida, hay que aprovecharlo al máximo.

El pesimista dice que los sueños son promesas vacías, mientras que el optimista dice que los sueños son promesas aún no cumplidas. El deseo nos permite ascender a las estrellas en vez de estrellarnos contra las piedras. Los deseos y los sueños son las semillas del éxito que sembramos hoy, y que crecen altas e íntegras para ser cosechadas mañana.

## XIV. Años Después



**V**iendo a su nieto jugando, Juan José comentó a su esposa:

—María Antonieta, nuestra vida en el Distrito Capital fue algo espectacular y los años que vivimos allí fueron increíbles. Sin embargo, me encanta vivir aquí en el campo en esta casa que me hace recordar tanto a mi Tata. ¿Qué te parece nuestro nieto jugando en el jardín?

—Me parece que la sangre tuya fluye por sus venas —respondió María José dejando salir una risa—. Temo que va a ser tan travieso, guapo e inteligente como su abuelo.

—Después de tantos años juntos, me he dado cuenta de algo

—¿Qué será? —preguntaba ella, ya sabiendo la respuesta de antemano.

—Tienes razón... Corazón de melón.

El muchacho miró hacia sus abuelos y les mostró una pelota y les dijo:

—¡Agarra!

—Tíramela Juancito —respondió Juan José.

Estaban sentados en el mismo sitio donde hace cincuenta años, Juan José había estado con su abuelo por primera vez. El jardín estaba tan bien cuidado y bello como aquel día cuando lo vio también por primera vez.

Juan José deleitaba ver a su nieto jugando con aquella inocencia que todos los niños tienen y la que la gran mayoría de los adultos pierden. Sabía que llegaría el día en que compartirá las palabras <<Reflexiones>> con su nieto.

Juan José tenía esos mismos cincuenta años leyendo una reflexión por día de acuerdo a la petición de su abuelo. Había cumplido con la condición y la responsabilidad. Hace muchos años tuvo que restaurar el librito por lo desgastado que estaba. Guardaba el libro al lado de su cama y lo llevaba consigo cuando viajaba. Tal como sugirió su abuelo, tomaba dos a tres minutos cada noche, antes de dormir, para leer la reflexión que correspondía al día de la semana.

Había incorporado las ideas en su vida y las había compartido, siendo un buen ejemplo para los demás. Había vivido por muchos altos y bajos en su vida; momentos maravillosos y tiempos turbulentos. Las ideas contenidas en el libro le habían ayudado a lograr mucho éxito profesional y personal en

la vida. Muchas personas lo respetaban por su sabiduría, su perseverancia y su don de lograr lo que otros apenas soñaban. Cada vez que se topaba con un obstáculo, se acordaba que podía escoger su actitud, y fue esto es lo que le permitió subir y seguir adelante a pesar de cualquier dificultad.

—Juancito, ven acá —dijo Juan José.

—Sí Abuelo.

—Me voy a estirar, hacer mis ejercicios y ver la puesta del sol. ¿Me quieres acompañar?

—¡Por supuesto Ito, tú sabes que me encanta acompañarte cuando haces tus ejercicios! ¿Nos vas a acompañar Ama? —preguntó a su abuela.

—Voy a dejar que ustedes, los niños, jueguen. Voy a leer un poco antes de que oscurezca.

Abuelo y nieto fueron a la grama tomados de las manos. Se quitaron sus zapatos y sus camisas. Al ver el horizonte, observaron el sol que se movía en su aventura constante cambiando el día a la noche. Las nubes reflejaban colores anaranjados y morados en un bello atardecer. Juan José contempló la belleza del jardín y reflexionó sobre su vida.

—Juancito, quiero que siempre te acuerdes de algo.

—¿Qué será Ito?

—Recuerda que una excelente actitud frente la vida es lo más importante que podemos tener.

—Yo sé abuelo, ¡siempre me dices lo mismo!

Juan José rió sabiendo que su nieto tenía razón. Se lo había dicho desde el día que había nacido. A través de <<Reflexiones>> Juan José había experimentado la profunda diferencia positiva tener una excelente actitud había hecho en su

propia vida. Tal como habían prometido las palabras del libro, que seguía leyendo todos los días, él había vivido una vida plena y productiva.

—Quiero estar seguro que lleves esta idea en tu corazón por siempre...

∞ **Fin** ∞

# Copyright

Comparte este libro con tus amigos, seres queridos y colegas.

Compra ediciones electrónicas y/o impresas de cada uno de mis libros, incluyendo a este, siguiendo los enlaces incorporados en la carátula de cada uno.

Si conoces una escuela que pueda beneficiarse del uso de este libro en su plan de estudios o una organización que pueda aprovechar sus principios, hágamelo saber y encontraremos la manera de hacerlo realidad.

Todos los Derechos Reservados  
Copyright © 2006 por Rob McBride

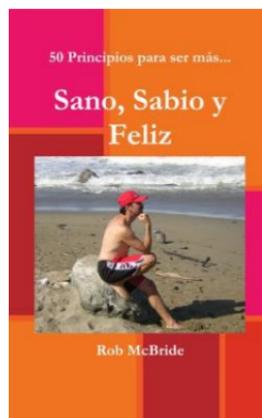
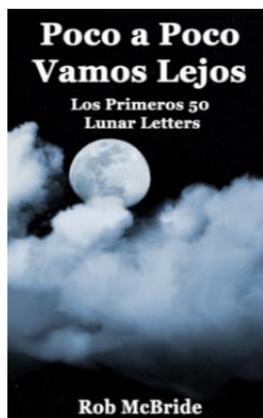
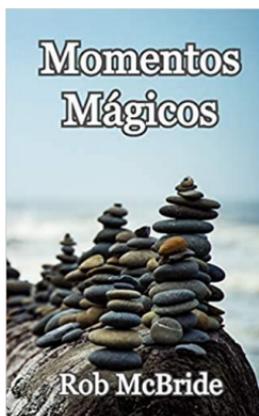
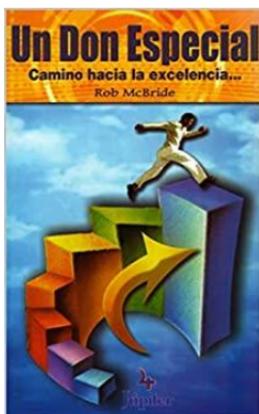
Edición del Autor  
16 septiembre 2021

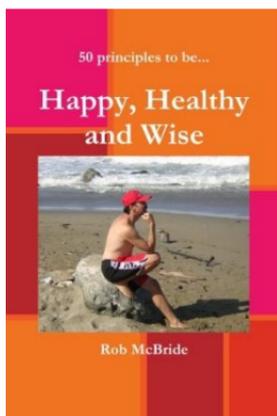
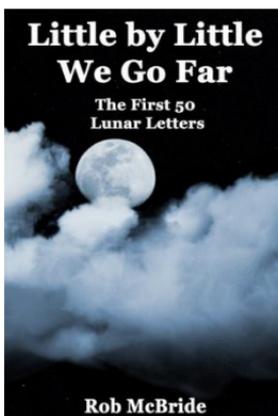
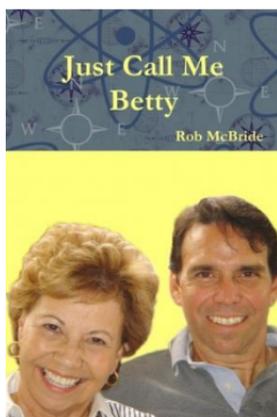
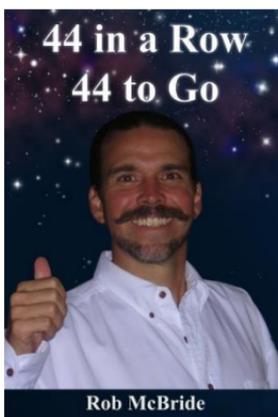
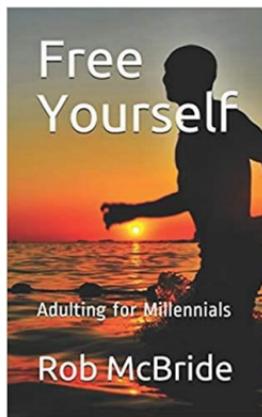
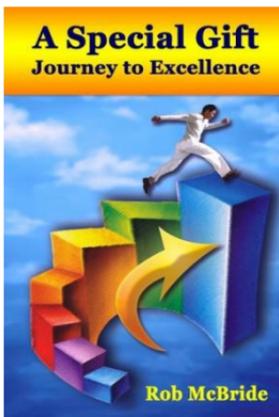
Rob McBride  
+58 414 328 6411  
[www.RobMcBride.net](http://www.RobMcBride.net)  
[rob.h.mcbride@gmail.com](mailto:rob.h.mcbride@gmail.com)

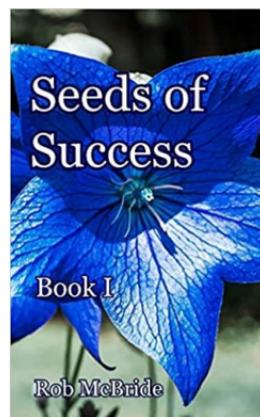
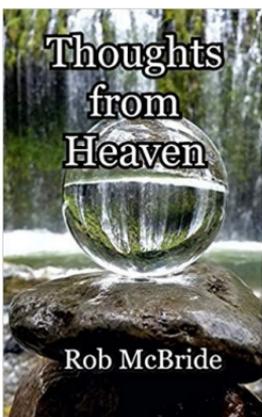
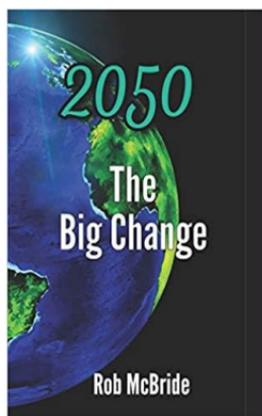
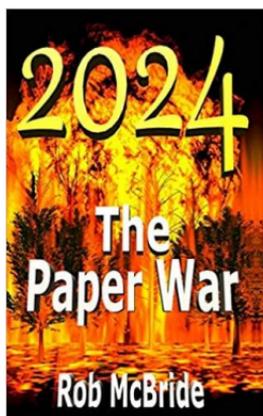
Diseño de portada: Edgar García  
Ilustración de portada: Sandra Liscano  
Ilustraciones internas: Stuart McBride  
R. P. Callahan

McBride, Rob.  
Un Don Especial: Camino hacia la excelencia / Rob McBride.  
MYBN 1962-0608-238-1-S

## Libros Disponibles







[Página de Autor](#)